

***AMAR POR RAZÓN
DE ESTADO***

TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- **Carlos, DUQUE de Cleves**
- **La DUQUESA, su esposa**
- **LEONORA, viuda**
- **ISABELA, dama**
- **ENRIQUE, caballero**
- **LUDOVICO, marqués**
- **RICARDO, viejo**
- **Dos CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen LEONORA y ENRIQUE a una ventana, de la cual pende una escala

LEONORA: Enrique, el sol nos da prisa;
con esperezos la aurora,
si celosa de mí llora,
mis pesares le dan risa.

ENRIQUE: ¡Qué presurosa que pisa,
mi bien, el cóncavo espejo,
de sus celajes bosquejo!
¡Qué bien muestra a su pesar,
en su mucho madrugar,
que tiene el marido viejo!
¡Oh! ¿Quién candados pusiera
a las puertas de su oriente,
porque presa eternamente,
eterna mi dicha hiciera?
¡Quién, rompiendo la vidriera
por donde su luz traspasa,
pusiera a sus cursos tasa
e impidiéndola el correr,
la hiciera, pues es mujer,
que aprendiera a estarse en casa.
¡No estuviera yo en Noruega,
donde hay noches tan corteses,
que regalan por seis meses
a quien a su clima llega!

LEONORA: Si Amor en ellos sosiega,
¿de qué, mi bien, serviría
tan prolongada alegría,
habiéndola de lastar
llorando, con esperar
otros seis meses de día?
No alargues con dilaciones
recelos de nuestro daño;
mira que a dichas de un año
riesgo de un instante pones.
Baja, mi bien.

ENRIQUE: Escalones
de mi muerte bajaré.

Baja el primer paso

¿Cuándo a verte volveré?
LEONORA: ¿Eso pregunta quien ama,
y ausente del sol la llama,
de su fuego esfera fue?

Mientras está en Belpaís
el Duque, y la noche oscura
miedos del sol asegura,
¿qué preguntas?

ENRIQUE: ¡Vos decís
que me amáis, y permitís
que me vaya!

LEONORA: Es el temor
ayo crüel del honor,
y el sol que a nacer empieza,
en su misma luz tropieza
por descubrir nuestro amor.
¿Bajaste ya?

ENRIQUE: El primer paso.

LEONORA: Adiós, pues.

ENRIQUE: Oye de aquí
quejas del alma.

LEONORA: ¡Ay de mí!
Vete, Enrique, y habla paso.

ENRIQUE: Si hicieras, Leonora, caso
de mis penas...

LEONORA: Si te ve
el sol...

ENRIQUE: Ya, mi bien, bajé
otro escalón; que violenta
mi fe, los pasos me cuenta,
y no la haces de mí fe.

LEONORA: Repara, amores, por Dios,
que no es amante discreto
quien pone a riesgo el secreto.

ENRIQUE: Reparad en mi amor vos.

LEONORA: Voyme.

ENRIQUE: Ya bajé otros dos.

LEONORA: No ocasiones mi cuidado.

ENRIQUE: Mi bien, ¿pues qué juez no ha dado
lugar que en cada escalón
siquiera hable una razón
el más vil ajusticiado?

LEONORA: Mira que ya son las hojas
ojos de Argos, que nos ven
de este jardín.

ENRIQUE: ¡Ay mi bien!
 Yo te adoro, y tú te enojas.

LEONORA: Temo.

Acabando ENRIQUE de bajar

ENRIQUE: Cesen tus congojas;
 que ya me voy. Goce el sueño
 la gloria que en ti le empeño.

LEONORA: ¿Soltaré la escala?

ENRIQUE: Sí.

LEONORA: ¿Vaste?

ENRIQUE: Voyme, y quedo en ti.

LEONORA: ¡Ay dulce esposo!

ENRIQUE: ¡Ay mi dueño!

*Suelta LEONORA la escala, y se retira. Salen el
DUQUE y dos CRIADOS*

DUQUE: ¿A estas horas hombre aquí?
 Matadle, si no se da.

ENRIQUE: (Ya, Amor, descubierto está **Aparte**
 vuestro secreto por mí.
 Restaure el acero agora
 culpas que por tardo os doy.)

DUQUE: ¿Quién eres?

ENRIQUE: Un hombre soy.

DUQUE: Pues ¿qué haces aquí a tal hora?

ENRIQUE: Idolatrar estas piedras,
 de mi hechizo semejanza
 y comparar mi esperanza
 a sus siempre verdes yedras.

DUQUE: ¿Amas en palacio?

ENRIQUE: Adoro.

DUQUE: ¿A quién?

ENRIQUE: Si fueras discreto,
 no ofendieras al secreto
 de Amor mas rico tesoro.

DUQUE: ¿Por dónde al parque cerrado
 entraste?

ENRIQUE: Si Amor es ave
que penetrar nubes sabe,
¿qué preguntas?

DUQUE: Al sagrado
de este lugar, es delito
entrar de noche.

ENRIQUE: Al Amor,
que es el monarca mayor
ningún lugar le limita.

DUQUE: Di quién eres.

ENRIQUE: Todo yo
soy amor, y no soy más.

DUQUE: Si te encubres, morirás.

ENRIQUE: Amor esfuerzo me dio
para defenderme.

DUQUE: ¡Muera!

ENRIQUE: Mal mi valor conocéis.

*Echan mano a las espadas los cuatro y éntranse
acuchillando el DUQUE y ENRIQUE. Los CRIADOS huyen al punto.
Dentro*

DUQUE: ¡Valiente brazo! ¿Qué hacéis?
¡De un solo hombre [huís]!

*Salen el DUQUE y ENRIQUE, volviendo a salir. El
DUQUE retirándose de ENRIQUE*

DUQUE: Espera.
Advierte que el duque soy.

ENRIQUE: Vuestra alteza me perdone,
si mi espada se le opone;
porque resuelto estoy
de morir, antes que sepa
quién la espada le ha ganado,
venturoso desgraciado,
aunque en mi valor no quepa
el justo merecimiento
que consigue mi osadía.
Vuestra alteza honre la mía,
porque con la suya intento
dar principio a mi ventura,
y mi sangre ennoblecer.

DUQUE: Tu valiente proceder
de mi enojo te asegura.
Dos criados me has herido,
pero no temas por eso.

ENRIQUE: Que me ha pesado confieso,
aunque en mi defensa ha sido

DUQUE: Descúbrete, caballero.

ENRIQUE: Vuestra alteza tiene fama
de crüel contra quien ama
sangre suya, y de aquí infiero
lo mal que me puede estar
hacer de quien soy alarde.
El sol sale. Adiós; que es tarde,
e indecente este lugar.

Vase ENRIQUE

DUQUE: ¡Determinado valor!
¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
¡Una escala está en el suelo!
Cayó por ella mi honor.
El arrogante embozado,
autor de mi afrenta ha sido;
que el peligro hace atrevido
al más cobarde culpado.
¿Qué hay que dudar? ¿No me dijo,
"Vuestra alteza tiene fama
de crüel contra quien ama
sangre suya?" Si colijo
de aquí consecuencias llanas,
a mi sangre fue traidor,
y torpe ofende mi honor
una de mis dos hermanas.
¿Si será Leonora? No;
que en su temprana viudez
la virtud ha sido juez
de que Artemisa perdió
el casto blasón con ella.
¿Será Isabela? Tampoco,
pues al deseo más loco
reprime ardores de vella.
Pues ¿quién será de las dos,
si no tengo en Belpaís
otra sangre? ¿Qué decís,
honra, en estas dudas vos?
Este cuarto es de Leonora
y de Isabela; esta escala
en la culpa las iguala,
si cómplice, acusadora.
Para poder sentenciar,
información se ha de hacer.
¿Vos sois casa de placer?
Mejor diréis de pesar.
¿Llamaré gente que siga
mi enemigo? Sed mas sabio,
honor mío; que el agravio
no lo es miéntras no se diga.
Ni el sol que empieza a nacer,
con verlo todo y ser mudo,
de las ofensas que dudo
testigo tiene de ser.

El tiempo dará noticia
de quién es quien me ofendió,
pues en mi espada llevó
la insignia de mi justicia.

Ella le dará castigo,
pues aunque encubrirse prueba,
no va seguro quien lleva
a la justicia consigo;
y yo guardaré entre tanto
este instrumento agresor.
Tratos de cuerda el Amor
da a la honra. No me espanto
que os venza, mudable hermana,
pues la mas firme mujer
frágil cuerda viene a ser,
y la mas cuerda, de lana.

*Bájase a tomar la escala, halla papeles rotos,
y cógelos*

Papeles pedazos hechos
hay por aquí, que arrojados,
son despedidos criados;
y descubriendo sus pechos,
podría ser que se vengasen
de quien los despedazó.
Sospechas, ¡dichoso yo,
si en verdades os trocasen!
Esta letra es de Leonora.
Medio renglón dice ansí,

Lee

"Mi bien, cuando estoy sin ti..."
Mas indicios hay agora,
Isabela, en tu favor,
que a Leonora culpa dan...
¡Qué dichoso que fue Adán
libre de riesgos de honor!

Lee

"Mi bien, cuando estoy sin ti..."
¿De tú, Leonora mi bien
a un hombre, y no sé yo a quién?
¿Viuda noble que habla ansí?
Muy adelante está ya
en materia de afición.
Leamos otro renglón;
que puesto que roto está,
si indicios de estotro iguala,
no habrá que imaginar más.

Lee

*"Mañana a verme vendrás...
y estotra noche la escala..."*
Bien los delincuentes pinta
la sospecha, sabio Apéles,
en estos rotos papeles.

Lee

"La respuesta en esta cinta..."
No entiendo esto. Alguna traza
para escribirse los dos,
les dio el mal nacido dios.

Lee

Éste dice, *"...duque a caza."*
Es verdad, ayer salí.

Lee

*"...cinta, asegura cuidados
de enemigos no excusados."*
Ya este misterio entendí.
Leonora le escribiría,
y por guardar el respeto
al siempre cuerdo secreto,
de una cinta colgaría
el papel, el sol ausente,
porque acudiendo por él
su amante, aliviase en él
llamas de su amor ardiente.
Vendría de noche en fin,
y la cinta serviría
de tercera, y llevaría
cuando entrase en el jardín,
la respuesta, cuerda y muda.
¡Nuevo modo de querer!
Mas ¿qué no hará una mujer,
si sobre discreta, es viuda?
"Enemigos no excusados..."
los vivos terceros llama.
Bien dice, porque la fama
anda enferma entre criados.
Si como supo guardar
secretos, guardar supiera
papeles, poner pudiera
escuela nueva de amar.
Ahora bien, yo he de saber
con industria y con secreto
quien es el feliz sujeto
que en Leonora pudo hacer
tan no pensada mudanza.
Mi espada lleva, y la suya
me dejó por ella; arguya
quién puede ser, mi venganza.
A la corte he de volverme;
que tal vez en la lleneza

del campo está la grandeza
a peligro, donde duerme
el cuidado. Torre, quinta,
no veré más vuestras flores,
que dan entrada a traidores
y hacen tercera una cinta.

*Vase el DUQUE llevándose la escala. Sale
ENRIQUE*

ENRIQUE: ¿De la escala se olvida quien adora
a quien al sol en hermosura iguala?
¡En tal ocasión, cielos! ¡A tal hora!
¿Y por discreto Cleves me señala?
¿Yo amante? ¿En posesión yo de Leonora,
y la escala me olvido? ¿Y en la escala
dejo indicios al duque sospechoso
contra la fama de mi dueño hermoso?
Asaltóme su hermano de improviso;
no pude prevenir con el cuidado
en mi defensa a daño tan preciso;
descuidéme, y Amor que es descuidado,
¿qué merece? Por necio o por remiso
mi Leonora dirá, "Ser olvidado,
pues si un amor con otro amor se paga,
olvido es bien que a olvido satisfaga."
¡Un año de secreto, en un instante
perdido por mi culpa, cuando pinta
la discreción trofeos de un amante,
si no en bronces, en flores de una quinta.
¡Un amor sin tercero que le espante,
cifrado cada noche en una cinta,
mudo correo de amorosas quejas,
letras de amor librándome a unas rejas!
El duque halló la escala, ¿quién lo duda?
Y en ella la opinión de mi Leonora,
o desacreditada o puesta en duda
por culpa mía, mis descuidos llora.
¿Con qué ojos, pues, idolatrada viuda,
a los tuyos podrá llegar agora
quien te ha ofendido, si el mayor culpado
es en casos de amor el descuidado?

Sale RICARDO

RICARDO: Enrique.

ENRIQUE: ¡Padre y señor!

RICARDO: ¿Cómo has madrugado hoy tanto?

ENRIQUE: Son enemigos del sueño
el calor y los cuidados.

RICARDO: ¡Cuidados tú! ¿Pues de qué?

ENRIQUE: No son razones de estado,
ni de amor ciegos desvelos;
pues nunca ha podido tanto
connigo el bárbaro ocio,
que haya degenerado
de la crianza que en mí
hacen tus consejos sabios.
Como soy hechura tuya
y tu sangre propagando
en mí, procuras al tiempo
dejar tu mismo retrato;
eres mi padre y maestro
armas y letras cifrando
en avisos y en liciones,
por quien dos veces te llamo
dueño natural. Deseos
de no desmentir, Ricardo,
esperanzas que en mí siembras.
Mil noches me han desvelado.
No has permitido hasta agora
que rompa el límite escaso,
prisión de mi juventud,
de estos montes y estos prados.
Diez leguas dista de aquí
la corte, que alabas tanto,
de Carlos, duque de Cleves;
veinte veces ha pisado
rosa abril y escarcha enero
que de los maternos lazos
a la luz del sol salí,
sin haber de ti alcanzado
que a ver la corte me lleves,
preso entre los riscos altos
de estas asperezas frías,
cuyas faldas bordan mayos.
Si intentabas, padre noble,
que viviese entre villanos,
donde por dueño te tienen
un castillo y pueblos cuatro;
¿para qué tan cuidadoso
las artes me has enseñado
liberales? ¿Para qué
el hacer mal a un caballo,
saber jugar el acero,
acometer un asalto,
dar dos botes de una pica,
el noble lenguaje y trato
de las cortes de los reyes,
sí, como sabes, es llano
ser inútil la potencia
que no se reduce al acto?
(¡Ay mi Leonora ofendida!
Divirtiendo estoy en vano
sentimientos de mi ofensa,
ocasiones de tu agravio.)

Aparte

RICARDO: Enrique, mozo estudié,
hombre seguí el aparato
de la guerra, y ya varón
las lisonjas de palacio.

Estudiante gané nombre,
esta cruz me honró soldado,
y cortesano adquirí
hacienda, amigos y cargos.
Viejo ya, me persuadieron
mis canas y desengaños
a la bella retirada
de esta soledad, descanso
de cortesanas molestias,
donde prevengo despacio
seguro hospicio a la muerte,
con prudencia escarmentado
en los viejos que en la corte,
de su libertad tiranos,
mueren sin haber vivido,
pródigos de canas y años.
Antes que honrase mi pecho
con el blasón soberano
malta de esta blanca cruz,
del valor y hazañas blanco;
saliste al mundo, y quedó
tu crianza, Enrique, a cargo
de mi amor y mis consejos.
Creciste en fin y dejando
con la infancia los estorbos
que en el natural humano
el uso de la razón
impiden en tiernos años;
fui a los nueve tu maestro,
por causa tuya colgando
las armas y pretensiones;
y a esta quietud retirado,
desde las primeras letras
tu ingenio dócil y blando,
hasta la filosofía
por mi industria ha granjeado.
Sin éstas no puede un hombre
perder el nombre de esclavo
pues en fe de hacerle libre,
liberales se llamaron.
La militar disciplina
en tu natural bizarro
lograr hazañas pretende
que te ganen nombre claro.
Con las armas y las letras
podrás, si a César te igualo,
vencer de día, y de noche
escribir tus comentarios.
Voyte enseñando también
la policía y el trato,
modos, términos, respetos,
que en la corte hace el engaño,
maestro de ceremonias;
que llevo, Enrique, por blanco
sacarte de aquestos montes
un perfeto cortesano.
Para serlo, no te falta
sino resumir de paso,
habituando el ingenio,
lo que hasta aquí te he enseñado.

Presto cumplirás deseos,
los míos después logrando
a satisfacción del mundo
y de la corte de Carlos.

ENRIQUE: (¡La escala se olvida un hombre **Aparte**
a tal hora y en tal paso!
¿Qué disculpa, amado dueño,
podré dar a tus agravios?)

RICARDO: Dejando, pues, por agora
deseos que sazonados
se cumplirán a su tiempo,
será razón que volvamos,
Enrique, a nuestro ejercicio.
Ayer tarde repasamos
los metéoros, y en ellos
bastantemente informado,
sabes de lo que proceden
las nubes, lluvias y rayos,
cometas y exhalaciones
que la región infamando
del elemento tercero
al vulgo causan espanto,
como crinitas, caudatas
y otras, que por no ser largo,
dejo porque yaa las sabes,
por ellas conjeturando
guerras, muerte de señores,
hambres, mudanzas de estados,
y otras desdichas que anuncian
los cuerpos simples y varios,
de cuyo influjo dependen
los vivientes de acá abajo.
Agora has de resumirme
lo que ayer para hoy dejamos
en materia de los cielos,
sus ortos y sus ocasos.

ENRIQUE: (¡Vive Dios, que no merece **Aparte**
quien ama y es descuidado,
nombre de hombre!)

RICARDO: ¿Cómo es eso?
¿Estás en ti?

ENRIQUE: (Y repasando **Aparte**
lo que esta noche olvidé...)

RICARDO: Di pues.

ENRIQUE: (¡Qué haya yo agraviado **Aparte**
por un descuido, Leonora,
vuestra opinión? ¡Y me llamo
amante vuestro!)

RICARDO: ¿No dices?

ENRIQUE: Sí, señor. (¡Ay! ¡Cuán contrario **Aparte**
son desvelos del estudio

de los de un enamorado!)

La fábrica de los cielos,
de los dedos de Dios digna,
eterna en su inmensa idea,
y en tiempo el primero día,
según opinión probable,
es de la materia misma
que las demás criaturas,
en cuanto es materia prima;
pues dado caso que aquesta
intrínsecamente siga
el apetito que tiene
a la forma que varía,
de donde es fuerza que nazca
la corrupción que aniquila
la sustancia que le informa
porque las demás reciba,
y no pudiendo mudarse
en los cielos la adquirida
desde su creación primera,
ya parece que es distinta;
lo cierto es que toda es una,
y esencialmente se inclina
a las formas que no tiene
aunque nunca las consiga,
como el hombre, que es risible
puesto que jamás se ría,
ni ponga esta forma en acto
como de algunos se afirma.
Los que se mueven son diez,
y once con la esfera impírea,
corte de quietud eterna
de santos y jerarquías.
Su hechura es cóncava y hueca,
cuyas esferas contiguas
se tocan unas a otras,
porque darse vacuo impidan
de sus físicos contactos.
Hay filósofos que afirman
aquella música acorde
cuya inefable armonía
no nos parece escuchar
pues según buena doctrina,
ab asuetis non fit passio,
aunque es opinión de risa.
Excédense unos a otros
lo que por la perspectiva
de sus ángulos se saca,
conforme a la astrología
de Alfagrano, diferencia
sexta y vigésima prima
y otros de su sabia escuela
del modo que aquí se pinta.

Distráese ENRIQUE

(¿Que me dejase la escala
olvidada yo? ¿Y que diga

Aparte

que a Leonora quiero bien?)
¡La escala yo!

RICARDO: ¿Desvarías,
Enrique? ¿Qué es esto? Di.

ENRIQUE: Influjos que se derivan
desde los cuerpos celestes
y en la tierra predominan
son como escalas señor.

RICARDO: No, Enrique; tú desatinas,
o alguna pasión secreta
tu memoria tiraniza.
No estás hoy para cuestiones
sutiles; ven a la esgrima
y, por las prácticas, deja
artes especulativas.

Toman espadas de esgrima

Toma aquesa espada negra.
La destreza de Castilla
es la que en Europa agora
comunmente se practica.
En el juego de Carranza
estás docto. Más estima
tiene el de Liébana. En éste
quiero ver cómo te aplicas.

Esgrimen

Mete el pie derecho; saca
el izquierdo, uñas arriba.
Tírame esa punta al pecho;
cruza la espada ala vista.
Rebate mi acero agora.

ENRIQUE: (Por la honra y por la vida **Aparte**
es natural la defensa.
Duque, aunque el paso me impidas,
he de llevarme la escala,
sin que por ella colijas
quién es la prenda que adoro.
Muere y mi secreto viva.)

Distráese esgrimiendo, dale a Ricardo una cuchillada en la cabeza y derríbale el sombrero

RICARDO: ¡Loco! ¿Qué has hecho?

ENRIQUE: ¡Ay, señor!
Siguió la espada atrevida,
sin regirse por el alma,
desconciertos de la ira.

Necio es quien reduce a leyes
el furor, que nunca mira
en preceptos militares,
si la venganza le incita.
Ciego de é; dejé llevarme;
mas no hay disculpa que impida
mi bárbara inobediencia.
La mano, padre, castiga
que ha herido a quien debe el ser.
Dame oon mi espada misma
la muerte, y vengue la blanca
lo que en la negra te indigna.

*Arroja ENRIQUE la espada negra, saca la blanca;
ofrécesela, y dale el sombrero de rodillas*

¡Que herí a mi padre!

RICARDO: No creas
que eres mi hijo, ni permitas
afrentar el orden sabio
con que sus especies cría
la cuerda naturaleza;
porque si como imaginas,
fuera, Enrique, yo tu padre,
cuando, el alma divertida,
me fueras a herir, la sangre
te detuviera, a ser mía.
El brazo, reverenciando
la fuente que la origina.
A la cabeza defiende
la mano, y contra la ira
de quien la injuria, recibe
naturalmente la herida.
Si yo tu cabeza fuera,
mal agraviarme podía
ramo de quien tronco soy,
sangre de quien eres cifra.
No, Enrique, no soy tu padre.

ENRIQUE: Consuelos crecen desdichas,
pues mezclas, crüel piadoso,
dos contrarios de un enigma.
¿Que no eres mi padre?

RICARDO: No.

ENRIQUE: ¿Pues quién...?

RICARDO: Sabráslo algún día;
que yo no lo sé hasta agora,
hasta que el tiempo lo diga.

Vase RICARDO

ENRIQUE: "¿Que yo no lo sé hasta agora,
hasta que el tiempo lo diga?"

¡O presunción enemiga!
¿Cómo amaréis a Leonora?
Mi soberbia burladora
hijo noble de Ricardo
me llamó; mas ya ¿que aguardo,
si aun me niegan mi bajeza
la humilde naturaleza
que pensé tener bastardo?

Ciñese la espada

Arrogante pensamiento,
¿A Leonora os atrevistes?
¿Cómo tan alto subistes
con tan bajo fundamento?
¡Que aun no sé mi nacimiento!
¡Ay amorosa fatiga!
Vuestro vuelo no prosiga
pues sus principios ignora;
"Que yo no lo sé hasta agora,
hasta que el tiempo lo diga. "

*Sale LUDOVICO, de campo y sin
espada*

LUDOVICO: Dicha el no matarme fue
de la caída que di.
Enrique...

ENRIQUE: Señor.

LUDOVICO: Caí...

ENRIQUE: Válgame el cielo!

LUDOVICO: Y quebré
la espada de más estima
que caballero ciñó.
El caballo tropezó
en un tronco y, dando encima,
tres partes hizo la hoja.

ENRIQUE: Mucho daño os pudo hacer.

LUDOVICO: A nuestro duque iba a ver;
que en no haciéndolo, se enoja.
Prestadme, Enrique, la vuestra...

ENRIQUE: (La del duque--¡cielos!--es.

LUDOVICO: ...y volveréola después
con mejoras.

Dásela

ENRIQUE: ¿Qué más muestra
de que ya está mejorada,
que vos, marqués, la pidáis,

si a vuestro lado la honráis?

Sácala

LUDOVICO: ¡Hermosos filos de espada!
Enrique, feríadmelá;
Daréos un lugar por ella.

ENRIQUE: Si gustáis serviros de ella,
ya, señor, feríada está,
aunque tengo en ella puesto
mi gusto.

LUDOVICO: ¡Ah! ¿Sí? Pues no es justo
que yo os quite tan buen gusto.
Yo os la remitiré presto;
y porque no vuelva sola,
enjaezado os traerán
el más brioso alazán
que parió yegua española.

Enváinala

ENRIQUE: Bésoos las manos.

LUDOVICO: ¿Queréis
que vamos a Belpaís
los dos?

ENRIQUE: Si vos os servís
de mí, ¿por qué no?

LUDOVICO: Seréis
del gran duque conocido;
que tiene satisfacción
de la fama y opinión
que vuestro estudio ha adquirido.

ENRIQUE: A vuestra sombra, señor,
¿qué dicha no intentaré?

LUDOVICO: Soy primo suyo, y podré
haceros con él favor.

ENRIQUE: Entrad, veréis nuestra quinta,
y tomaré yo otra espada.

LUDOVICO: No será tan extremada
como la que está en mi cinta,
aunque siempre se ha preciado
vuestro padre de tener
armas con que alarde hacer
de haber sido gran soldado.
Vamos.

ENRIQUE: (No pude negarle **Aparte**
la espada que me pidió.
Si el duque que la perdió,

la conoce, acompañarle
¿no es locura? Mas ¿qué importa?
¿Ya qué tiene que perder
hombre que no tiene ser?
Acabe mi dicha corta;
que cuando el duque importuno
la muerte me mande dar,
a nadie podré afrentar
pues soy hijo de ninguno.)

Vanse. Salen LEONORA y el DUQUE

DUQUE: ¿Pues podrásme tú negar
no ser esta letra tuya.
Cada pedazo te arguya,
pues para multiplicar
los testigos que dan nota
de tu descompuesto amor,
convencen tu roto honor
razones de carta rota.
Niega que la infame escala
que al pie de tus rejas vi,
liviana, intentó por ti
meter la afrenta en tu sala.
Niega el perdido respeto
a tu difunto consorte,
honesta viuda en la corte,
y en Belpaís, del secreto
y la noche apadrinada,
pagando torpe tributo
a la liviandad en luto,
hipócrita disfrazada;
que cuando excusas alegues
que estás maquinando en vano,
desmentida de tu mano,
no es posible que esto niegues.

LEONORA: (¡Ay desacertado Enrique **Aparte**
perdí mi opinión por ti
y tú me perdiste a mí.
¿Qué he de hacer?)

DUQUE: Cuando fabrique
tu ingenio agravios que hacer
a mis sospechas, Leonora,
no te han de excusar agora
sutilezas de mujer.
Convencida estás.

LEONORA: Confieso
lo que en mi vida pensé;
y puesto que perderé,
cuando no la vida, el seso,
por la reputación mala,
duque, en que contigo quedo;
dejarte seguro puedo
que los pasos de esa escala
que has hallado y me desdoran,
no han llegado a profanar,

fuera del alma, el lugar
que dentro mi cuarto ignoran.
Ofendió el consentimiento
al recato, no al honor,
pues no le agravia el amor
que al primero sacramento
que vio el mundo, se sujeta.
Con aqueste fin cristiano,
aunque el medio fue liviano,
y la pasión indiscreta,
le escribí aquese papel,
que después rompió el temor,
arrojándole el honor
por las rejas. Funda en él
delitos de voluntad
que no se han puesto en efelo,
y advierte que es el sujeto
de tan noble calidad
como la tuya.

DUQUE: ¿Y la escala,
de tu deshonra instrumento?

LEONORA: Amor, cuyo pensamiento
por los ojos se señala,
a mi amante le diría
que consigo la trujese.

DUQUE: Si pedazos te leyese
de este papel, bien podría
probarte cuán adelante
de lo que dices está
el liviano amor que da
tanta licencia a tu amante.
Mas declárame quién es
el pretendiente atrevido.

LEONORA: Señor, no pidas...

DUQUE: Yo pido
lo que te ha de estar después
tan bien, que juzgues por sabio
el remedio de tu honor.

LEONORA: (Perdona, Enrique, al temor; **Aparte**
que es fuerza que te haga agravio.)
Temo, si quién es publico
que has de enojarte.

DUQUE: ¿Por qué,
si es tan noble? Di. ¿Quién fue?

LEONORA: El marqués...

DUQUE: ¿Quién?

LEONORA: Ludovico.

DUQUE: ¿Mi primo?

LEONORA: Ése me desvela.

DUQUE: Pues siendo merecedor
Ludovico de tu amor,
¿por qué con tanta cautela
y secreto te pretende,
pues cuando me declarara
su amor, era cosa clara
ser tu esposo?

LEONORA: No te ofende;
pero pretendió primero
a mi hermana.

DUQUE: Eso es verdad.

LEONORA: Mudóse la voluntad;
que amor es fuego lijero.
Viéndome en fin viuda, puso
los ojos con tanto afeto
en mí, que amante y secreto
a servirme se dispuso;
y por no dar a Isabela
celos, y enojarte a ti,
ha un mes que me sirve así.

DUQUE: Cuerdo ocasiones recela,
y cuerdo intento también
atajar inconvenientes.
Amorosos accidentes
disculpa, hermana, te den
siquiera por la elección
que en tan noble prenda has hecho.
Sosegado has ya mi pecho.
Al Marqués tengo afición.
Con Isalela intenté
casarle; mas pues se muda,
disimula cuerda y muda,
porque a tu hermana no dé
celos, infiernos de amor
entre tanto que dispongo
las cosas, y medios pongo
que a Isabela estén mejor.

LEONORA: Dame a besar esos pies,
pues satisfaces así
tu honor y mi gusto.

DUQUE: En ti
se emplea bien el marqués.
Cosas que tan adelante
en materia de honra están
mal remediarse podrán
si con medio semejante
no sueldo el daño que has hecho.

LEONORA: (Enrique inconsiderado, **Aparte**
causa a tus celos has dado,
oculte tu amor mi pecho;
que aunque crea tu impaciencia

que al marqués hago favor,
te adoraré en lo interior,
y al marqués en la apariencia.)

Salen la DUQUESA e ISABELA

DUQUESA: Dícenme, duque y señor,
que dejáis a Belpaís
por la corte.

DUQUE: Si el calor,
duquesa, aquí divertís,
Venus entre tanta flor;
yo que de mi corte ausente,
hago a mi gobierno agravio,
juzgo por inconveniente,
pudiendo ser Catón sabio,
ser cazador imprudente.
Hoy nos hemos de partir.

ISABELA: Más razón es acudir
al bien común, gran señor,
que al propio.

DUQUESA: No sabe Amor
replicar ni resistir.
Vamos cuando vos gustéis.

Salen LUDOVICO y ENRIQUE

LUDOVICO: Por cumpliros el deseo
que de conocer tenéis,
gran señor, a Enrique, os veo
tarde hoy. Honrar podéis
en él, con satisfacción
de su fama y experiencia,
la nobleza y discreción,
valor, cortesía y ciencia,
que sus tributarias son.
Disculpe lo que he tardado
el padrino que he buscado.

DUQUE: Poco madrugáis, marqués;
pero todo amante es
cuidadoso, descuidado.
Más os debe Belpaís
de noche, que cuando Apolo
logra los rayos que huís.
Las estrellas os ven solo,
con padrino al sol salís.
Negáis de noche secreto
quien sois a la cortesía,
y publicáisla, en efecto,
al sol; no sois vos de día
como de noche, discreto.

El DUQUE habla aparte con LUDOVICO

Esa espada no hace alarde
de hazáñas que adquirís tarde;
guardarla os fuera mejor
si no es que a vuestro señor
notais, marqués, de cobarde.

LUDOVICO: ¡Señor! ¿qué decís?

DUQUE: Que en ella
mi desprecio se señala;
mas si os honráis de traella,
haré yo sacar la escala,
y os castigaré por ella.

Vase el DUQUE. Siguele LUDOVICO

LUDOVICO: Gran señor, decid. ¿Qué espada?
¿Qué escala? ¿Qué confusión
mi lealtad tienen culpada?
Admitid satisfacción
de quien no os ofende en nada.

Vase LUDOVICO

DUQUESA: Airado el duque se fue
con el Marques. Isabela,
¿Qué es esto?

ISABELA: Aunque no lo sé,
el amor que me desvela,
por intercesor pondré.
A vuestra alteza suplico
que a desenjarle venga.

DUQUESA: Que me pesa, os certifico
de que causa el duque tenga
de reñir con Ludovico.

Vanse la DUQUESA e ISABELA

LEONORA: A poder yo aborreceros,
osara, Enrique, reñiros,
o ahorrara mi amor suspiros,
pues ya no excusa el perderos.
Tan difícil será el veros,
como imposible el hablaros.
No supistes conservaros,
ni yo supe retirar
deseos que han de pagar
con la vida el adoraros.
Por un instante de gusto,
años hemos de perder
del recíproco placer
que tiraniza un disgusto.
Límite tiene amor justo

que el necio desórden pasa.
Quien sin prudencia se abrasa,
arrepentido se hiela;
quien al gastar no recela,
corrido vive con tasa.

Un papel nos ha vendido,
una escala descubierto,
un descuido nos ha muerto,
una desdicha perdido.
Todo el duque lo ha sabido;
a Ludovico he culpado.
¡Nombre de esposo le he dado,
y si de pesar no muero,
he de fingir que le quiero
por sólo razon de estado.
¡Ved de un yerro los que nacen!

ENRIQUE: Enlazan las ocasiones
desdichas en eslabones
que eternas cadenas hacen;
pero si se satisfacen
matando, morir procuro
pues con la vida aseguro
el peligro que tenemos
porque muriendo, quedemos
libre vos, y yo seguro.

Sois mi esposa en posesión
y yo con vos desigual,
nuestro peligro mortal,
cierta nuestra perdición.
Razón de estado es razón
que contradicen los cielos.
La muerte ataja desvelos;
muera quien os ha perdido,
a vuestros ojos querido,
antes que ausente y con celos.

Sale ISABELA

ISABELA: ¡Ay hermana de mis ojos!
Llevar manda el duque preso
al marqués. Perdere el seso
si duran estos enojos,
porque con justos antojos,
dificiles de entender,
le obligan a enfurecer.
Quejas forma de una espada
que ciñe al lado dorada
y mi homicida ha de ser.
Luego nos manda partir
a la corte. Ven, Leonora,
y serás su intercesora,
o aquí me verás morir.

LEONORA: Yo, ¿qué le puedo decir
con que se venga a aplacar?

ISABELA: Nada te sabe negar.
Roguemos por él las dos.

Hidalgo, también a vos
os manda el duque llamar.

Vase ISABELA

ENRIQUE: Habrá sabido que es mía
 la espada. Si me da muerte,
 dichosa será mi suerte.

LEONORA: ¡Tantos males en un día !

ENRIQUE: ¡Ea, amorosa osadía!
 Muera Enrique desgraciado
 pues tan mala cuenta ha dado
 de la dicha que ha perdido,
 cuando no por atrevido,
 por amante descuidado.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen ENRIQUE Y LUDOVICO, en la sala de prisión

ENRIQUE: No me espanto que forméis
quejas de vuestra prisión,
supuesto que no sabéis,
marqués, la justa ocasión
con que airado al duque veis;
mas primero que os la diga,
de vos me quiero informar.
Si la amorosa fatiga
gue reinos suele abrasar
y libres pechos castiga
predominando en Leonora
la hiciera competidora
de la dicha de Isabela,
y aunque su amor os desvela
y os quisiese bien agora,
¿la mudanza podría hacer
el común efecto en vos
con que muestra su poder
Amor, que es fuego, si es dios,
y nunca vive en un ser?

LUDOVICO: ¿Leonora a mí?

ENRIQUE: Su beldad,
el ser del duque heredera,
de cuya esterilidad
Cleves sucesión no espera,
su discreción y su edad
dan causa a lo que os pregunto,
pues siendo del sol trasunto
puede, asegundando Amor,
elegiros sucesor
del malogrado difunto.

LUDOVICO: Enrique, no oso fiar
tanto de mi fortaleza.
Si en tan dichoso lugar
me pusiese su belleza,
que no temiese dudar
la fe que a Isabela debo;
el mayor planeta es Febo
de cuantos alumbrar ves,
y muda de mes en mes
nueva casa y signo nuevo.
Mas ¿por qué, me decís eso?
¿Qué tiene, Enrique, que ver,
tenerme así el duque preso
con tentarme por saber
si soy mudable?

solo fió de una cinta
la guarda de su respeto.

La noche que no la hablaba
aunque las más iba a vella,
atado a un listón hallaba
un papel--¡industria bella!--
y otro en su lugar dejaba.

En esta vida, marqués,
pasó amor tan adelante
que en el discurso de un mes
de niño creció a gigante...
--Juzgad cuál sera después--

hasta que mis persuaciones,
quejas, suspiros, pasiones,
dieron a mi atrevimiento
alegre consentimiento
y permisión sus balcones
a una escala que llevé
y la desdicha estorbó.
Pues cuando subir pensé
vino el duque y malogró
diligencias de mi fe.

Intentó reconocirme
con otros dos. Encubríme.
Quiso matarme o prenderme.
Eché mano y resistíme.

Siguióme, y por defenderme,
hiriendo a los dos, le gano
la espada, y más cortesano
que dichoso, con la mía
le dejo, huyendo del día
cuya luz intentó en vano
descubrirme. Halló la escala
el duque. en fin, que recela
lo que en sus pasos señala,
y a Leonora e Isabela
confuso en la culpa iguala.

Retiréme a casa yo
desesperado y sin seso
al tiempo que os sucedió
con la caída el suceso
que vuestra prisión causó.

La espoda del duque os di
cuando a hablarle con vos fui
y ofendiéndose de vella
a vuestro lado, por ella
os tiene en prisión aquí.

Supo después que Leonara,
en quereros satisfecha,
vuestra prisión siente y llora;
y creciendo su sospecha,
está persuadido agora

que vos fuistes el autor
de la escala y resistencia
a que me obligó el amor;
y embotando su prudencia
los filos de su rigor,

conmigo ha comunicado
sus recelos y cuidado,
y por mi consejo intenta

tomar, marqués, por su cuenta
el dar a Leonora estado.

Con ella os quiere casar.
Si os obliga su belleza,
y en el saber perdonar
resplandece la nobleza,
en mí la podéis mostrar.

Y si no, al duque decid
que a Isabela he pretendido;
lo que me ama le advertid,
y de mi intento atrevido
satisfacción le pedid;
porque en sabiendo el suceso
que a vuestra amistad confieso,
dé a vuestros celos venganza,
fin a mi loca esperanza,
y muerte a mi amor sin seso.

LUDOVICO: Enrique, mucho he querido
a Isabela, al mismo paso
que mudable me ha ofendido.
En justos celos me abraso;
mas, pues te has favorecido
de mí, no tengas temor;
que a mi enojo he de vencer.

ENRIQUE: Es de reyes tu valor.

LUDOVICO: No fue Isabela mujer
en escoger lo peor;
que en ti sus gustos mejora.
Cure mis celos Leonora;
que si un veneno se aplaca
con otro, eficaz, tríaca
su amor me receta agora.

ENRIQUE: Dame esos pies.

LUDOVICO: De cuidado
mudad, pensamiento.

*El DUQUE cruza la galería y se dirige a la
habitación de LUDOVICO*

ENRIQUE: A verte
entra el duque.

LUDOVICO: Ya yo he dado,
Enrique, en favorecerte.
Por ti, quiero ser culpado.

Sale el DUQUE

DUQUE: Ya que os habrá, marqués, la prisión hecho
más advertido, he dado a intercesiones
lugar piadoso, aunque de vos sospecho
que juzgaréis a agravios mis razones.

LUDOVICO: Antes, señor, de vuestro ilustre pecho
conozco entre estas lícitas prisiones
la justicia que mezcla la clemencia.
¡Cuerdo castigo de mi inadvertencia!
Descuido fue de mozo, que podía
ocasionaros a mayor venganza,
a no tener en vos la sangre mía.
¡Padrino sabio y cierta confianza!

DUQUE: En materia, marqués, de cortesía
pocas disculpas el descuido alcanza.
Libre estáis.

LUDOVICO: Vuestros pies invictos beso.

DUQUE: Sed mas constante, ya que sois travieso.

Vase el DUQUE

ENRIQUE: Esto, marqués, te dijo, porque piensa
que olvidas a Isabela por Leonora.

LUDOVICO: Ya, Enrique, atribuyéndome tu ofensa,
viudo es mi amor, pues en su luto adora.
Con su favor mi agravio recompensa.
Saque a Isabela su presencia agora
del alma donde fue dueño absoluto
y vístanse mis celos de su luto.

*Sálense los dos a la galería. LUDOVICO
se va; ENRIQUE se detiene*

ENRIQUE: ¿Qué confusión, enmarañados cielos,
es ésta que aborrezco y solicito?
Perilo soy, pues su tormento imito
tejiendo celos por morir en celos.
Eslabonan cadenas mis desvelos
siendo juez y agresor de mi delito;
tercero del marqués con quien compito
en mis tormentos fundo mis consuelos.
Si no ama Ludovico a mi Leonora,
publicando mi amor, mi muerte trata,
y han de matarme celos si la adora.
Todo es morir lo que el penar dilata.
Déme pues muerte airada el duque agora
y no un recelo que despacio mata.

Sale LEONORA

LEONORA: ¿Qué haces, Enrique, suspenso?

ENRIQUE: Parabienes preveniros,
que a costa de mis suspiros,
mi tormento hacen inmenso.
Que labro, Leonora, pienso
contra mí mismo tirano.
El sepulcro de mi mano

donde sin hallar salida,
fenezca mi triste vida,
como el tejedor gusano.

Ya está el marqués persuadido
a vuestro amor lisonjero;
fui primero y soy tercero.
¡Ved la medra a que he venido!
¿Quién duda que habréis tenido
abierta puerta al cuidado,
que os habrá el marqués pintado
un generoso sujeto,
mozo, gallardo, discreto,
de real sangre y noble estado?

¿Y que, hecha comparación
entre mí y él, el desprecio
me pintara pobre, necio,
sin calidad ni opinión?
¡Ay, Leonora!

LEONORA: Enrique, pon
freno al atrevido labio,
pronunciador de mi agravio;
que vas perdiendo el conceto
que has tenido de discreto.

ENRIQUE: Pues con celos ¿quién es sabio?

LEONORA: Pues tú ¿de qué tienes celos?

ENRIQUE: Cuando hay de qué, no lo son.
En la elemental región,
imagen de mis desvelos,
verás si miras los cielos
una nube retocada
del sol, blanca y encarnada,
que resolviéndose en viento,
cual celos sin fundamento,
pinta montes y no es nada.
¿No pretendes que te quiera
el marqués?

LEONORA: Porque aseguro
la vida, así lo procuro.

ENRIQUE: Mis temores considera.
Amor fuego, mujer cera,
yo hablarte y verte por tasa,
él sin ella y en tu casa.
Cuando de burlas le adores,
de veras son mis temores;
que amor burlándose abrasa.
Diráte encarecimientos,
que aunque de ti no creídos,
pasarán por los oídos
y engendrarán pensamientos.
Éstos al principio lentos,
en el alma alimentados,
van cebando cuidados;
y siendo el pecho su centro,
cencerá el marqués, si dentro

tiene tales abogados.

¿Quién duda que aunque te pese,
tal vez, si a solas estás,
favores no le darás
con que su dicha confiese?
Cuando una mano te bese,
--supongo que sea forzada--
aunque después retirada
propongas darle castigo,
¿qué no alcanzará contigo
una mano ya besada?

¿Has de cortártela? No.
Luego siempre que la vieres
te has de acordar de él. ¿Y quieres
que no desespere yo?
La mano que él cohechó,
el pensamiento importuno,
el verte a tiempo oportuno,
todos sí por él están.

¿Qué hazaña no acabarán,
tantos, Leonora, contra uno?

Querráte casar tu hermano
con él, como ha prometido;
ya yo estaré aborrecido,
y ya cohechada tu mano.

Seré yo estorbo tirano.
¿Pues qué remedio? Matarme.
Pues ¿no es mejor excusarme
de tantos sustos, Leonora,
y dándome muerte agora,
despacio no atormentarme?

LEONORA: Enrique, quédate. Adiós;
que estás hoy impertinente.

ENRIQUE: Mi bien, mi gloria, detente.
¿Vos os vais, y me amáis vos?

LEONORA: Hemos de reñir los dos,
si oigo desalumbramientos
de tus desvanecimientos.

ENRIQUE: No tratemos de ellos más.

LEONORA: Estás necio hoy; no podrás.

ENRIQUE: Mudos serán mis tormentos.

LEONORA: Si sabes que soy tu esposa,
¿Por qué mi opinión agravias?

ENRIQUE: Celos, amores, son rabias.

LEONORA: Visita a Isabela hermosa;
que aunque yo viva celosa,
más prudente me verás.

ENRIQUE: Me iré, pues en eso das;
mas ¿si en amar te resuelves
al marqués..?

LEONORA: ¿Pues a eso vuelves?

ENRIQUE: ¡Ay mi bien! No puedo más.

*Vase ENRIQUE. Habla aparte al salir
ISABELA*

ISABELA: ¡Pasar delante de mí
y fingir que no me ve,
y después que le llamé,
hablarme el marqués así!
 ¡Grave conmigo y con seso!
¿Qué ocasión habrá tenido,
si por él he intercedido
con el duque, estando preso?

LEONORA: Isabela.

ISABELA: Hermana mía.

LEONORA: ¿Qué tratas contigo a solas?

ISABELA: Amor es mar, y en sus olas
anegar mi paz porfía.
 Basta, que de la prisión
sale el marqués tan trocado
que delante mí ha pasado
con tan libre ostentación
 como si en toda su vida
me hubiera querido bien.
Díle, hermana, el parabién
de ver tan presto cumplida
 Su libertad, negociada
por mí, como Cleves sabe
y él, tan necio como grave,
dijo, la color mudada,
 "De dos libertades puede
vuestra alteza, gran señora,
darme plácemes ágora:
del alma, que es la que excede
 a todas si estuvo presa
en su amor; y la segunda
del cuerpo, que es en quien funda
el parabién que confiesa."
 Y haciendo una reverencia,
puesto que cortés, mayor
que las que permite amor,
se partió de mi presencia.

LEONORA: Soñarás duque ya
de Geldres, y que le espera
por esposo su heredera.

ISABELA: ¿Cómo es eso?

LEONORA: Favor da
mi hermano a sus pretensiones
y, con él reconciliado,
de la prisión le ha sacado,
ofreciendo intercesiones
con que consiga su intento.

ISABELA: ¿Mi hermano hace contra mí?

LEONORA: Hánmelo afirmado así;
no sé con qué fundamento.
Mas si tus celos procuran
reducirle a su obediencia
según muestra la experiencia,
celos con celos se curan.
Anoche, hermana, te dije
que de Enrique colegí
que está perdido por ti.

ISABELA: Imposible amor le aflige.

LEONORA: Contemplarte como objeto
de su amor quiere, y no más;
pero no me negarás
que no es Enrique sujeto
más digno que Ludovico
si es que partes personales
juzgas por más principales
que el ser noble y el ser rico.

ISABELA: ¿Qué querrás decir por eso?

LEONORA: No digo yo que te mueras
por él aunque bien pudieras,
pero en cualquiera suceso,
para dar en qué entender
al marqués, ¿donde hallarás
hombre que merezca más?

ISABELA: ¿Había yo de querer,
ni aun burlando, a quien alcanza
fama sólo por letrado?
En vez de darle cuidado,
le diera al marqués venganza.

LEONORA: No consentiré tampoco
que trates a Enrique mal:
amor que mira en caudal,
o peca de necio o loco.
Enrique merece tanto
por su mucha discreción,
talle, gracia y opinión;
que no sin causa me espanto
de que así le menoscabes.
¿Tan divino entendimiento
desprecias? ¿Y lo consiento?
Lo poco muestras que sabes;
mas no son dignos tus ojos
de que se logren en él.

Hace que se va

ISABELA: Vuelve acá, que estás criuel.
¿Por eso formas enojos?
Digo que Enrique es sujeto
tan digno de ser querido,

que al marqués pongo en olvido.
Preferirle te prometo
a cuantos el mundo alaba.
Desde que en palacio entré,
de suerte me pareció,
que si te le desdoraba,
era por no ocasionarte
a que no siendo mi igual
por él me trataras mal;
pero ya intento agradarte
de suerte, porque me aplique
al gusto y no al interés
que desdeñando al marqués,
desde hoy doy el alma a Enrique.

LEONORA: ¿Tú el alma a Enrique? ¿Estás loca?

A no tener sangre mía,
saliera con su porfía
el amor que te provoca.
Enrique ¿es más que un hidalgo,
sucesor de un capitán
a quien la cruz, de San Juan
ennoblece, si es que es algo?
Aún legítimo no sé
si merece que le nombre.
¿Es Enrique más que un hombre
que ayer de unos montes fue
hijo, como ellos grosero?
¿Qué letras puede tener
quien nunca escuelas fue a ver
ni tuvo grados primero?
Celebrale la opinión
porque lo que ignora precia
y ya sabes tú que es necia
la vulgar admiración.
En verdad, ¡por gentil modo
celos al marqués causabas!
¡Buen competidor llevabas!

ISABELA: ¿Yo? Tú te lo dices todo.

Acábasme de pintalle
más bello que un Absalón,
más sabio que Salomón,
más que un Narciso en el talle,
y luego le has abatido,
y hasta el suelo derribado.
¡Pobre galán malogrado
que tan presto ha envejecido!
Pésate si le desprecio,
y si le alabo me infamas.
Cortés y sabio le llamas
y luego grosero y necio.
Hasle subido a los cielos,
y luego al suelo le arrojas.
Leonora, o son paradojas
o para acertar, son celos.

LEONORA: ¿Celos yo de tan bajo hombre?
Si tenerlos de él pudiera,
¿crees tú que te persuadiera,
ni aun pronunciando su nombre,
a que con él al marqués
dieses celos?

ISABELA: Tú, Leonora,
me lo propusiste agora.
Si tan humilde le ves,
¿por qué en tan bajo sujeto
gustabas que me emplease,
y al marqués celos causase?

LEONORA: Porque son de más efeto
los celos, cuanto es más bajo
el que los causa, y ansí
un hombre bajo te di,
que en consecuencia te trajo
el gusto con que señalo
la cura de ese veneno.
Para dar celos es bueno;
pero para amarle malo.
Pero si estás persuadida
a su amor, ríndele el pecho.
(Celos, ¿qué es lo que hemos hecho? **Aparte**
¡Ay de mí, que voy perdida!)

Vase LEONORA

ISABELA: ¡Válgate Dios por mujer!
¿Que extrañas contradicciones
a mis imaginaciones
quieren dar en qué entender?
Sin duda quiere Leonora
a Enrique, pues no permite,
cuando mi elección le admite,
mi amor, y ansí le desdora.
Mas no; que si le quisiera,
no había de aconsejarme
que fingiese, por vengarme
del marqués, esta quimera.
¡Qué de ello me le alabó!
Y cuando le vio admitido
por mí, ¡qué presto abatido
me le desacreditó!
Misterio hay aquí sin duda;
pero haya lo que hubiere,
el marqués en Geldres quiere
casarse, y amores muda.
Leonora me ha aconsejado
que con Enrique le dé
celos. De él me vengaré
por solo razón de estado.
Si la comunicación
de Enrique pudiere tanto,
que con amoroso encanto
me obligare a su afición,
con Leonora me aconsejo;

perdonará si le sigo,
porque, en fin, del enemigo
dicen que el primer consejo.

Sale la DUQUESA

DUQUESA: Albricias me puedes dar,
 Isabela, pues va ves
 En libertad al marqués.

ISABELA: Si da albricias un pesar,
 pídamelas vuestra alteza.

DUQUESA: ¿Pesar tú? ¿Cómo o por qué?

ISABELA: Porque en la arena sembré
 esperanzas y firmeza.
 Ludovico se nos casa
 en Geldres.

DUQUESA: ¡Válgame el cielo!

ISABELA: Siempre tuve este recelo,
 puesto que agora me abrasa.
 Por él el duque intercede.

DUQUESA: ¿Quién te lo ha dicho?

ISABELA: Leonora
 estas nuevas me dio agora.
 Tanto, gran señora, puede
 el interés, que atropella
 obligaciones de amor.
 Es el duque intercesor,
 y mi opositora bella.
 Mas si cuando amor se huye
 celos le suelen volver,
 hoy con celos he de ver
 cómo al marqués restituye.
 Mi hermana me ha aconsejado
 que finja que a Enrique estimo,
 y si a hacerlo no me animo,
 es por no hallarle en estado
 digno de esta competencia.

DUQUESA: El remedio es eficaz,
 y el opositor capaz
 en discreción y en presencia
 para todo buen suceso
 y aún para ser principal.

ISABELA: Si fuera al marqués igual,
 que le amara le confieso
 a vuestra alteza.

DUQUESA: ¿No es noble?

ISABELA: Tiene mediano valor.

DUQUESA: Sobre ése puede el favor
trasformar en palma un roble
y no es tan poco el que alcanza
del duque, que no merezca
que al marqués celos ofrezca,
si alentamos su privanza.
Quédese esto por mi cuenta,
y por la tuya el vengar
por medio suyo el pesar
que darte el marqués intenta.

ISABELA: Alto. Si así le parece
a vuestra alteza, desde hoy
principio a este engaño doy.
Mas ¿si con Enrique crece
la ocasión de estas quimeras,
y comenzando el favor
de burlas, se alzase Amor
en mi libertad de veras?

DUQUESA: Nunca otro mal te suceda.
¿Cuántas veces habrá entrado
uno en casa por criado
que por su dueño se queda?

Sale el DUQUE

DUQUE: Muerto se nos ha, duquesa,
el mayordomo mayor.
Grande experiencia y valor
nos falta.

DUQUESA: Mucho me pesa;
mas para que consolar
su pérdida, señor, pueda
vuestra alteza, en Cleves queda
quien ocupe ese lugar.

DUQUE: ¿Tenéis vos satisfacción
de que haya en Cleves sujeto
tan expediente y discreto
como el muerto?

DUQUESA: La opinión
de Enrique...

DUQUE: Es muy mozo Enrique
para que en mi casa mande,
y el cargo le viene grande.

DUQUESA: ¡Cuando por él te suplique,
puede mi favor suplir
la edad, no la suficiencia;
que ésa en su ingenio y presencia
fiadora puede salir
de las ventajas que hace
al mayordomo.

DUQUE: Está bien.
Si a vos os parece bien,
Enrique me satisface.
Entre Enrique en esa plaza.

DUQUESA: Mucho, gran señor, os debo.

DUQUE: Como en palacio es tan nuevo,
aunque es persona de traza,
murmuraciones ocultas
del vulgo desenfrenado
estorban no le haber dado
mis papeles y consultas.
Daréselas al marqués;
que, en fin, el estilo sabe
de mis despachos.

DUQUESA: No cabe
cargo de tanto interés
en tan liviano sugeto.

DUQUE: Isabela volverá
por él, que favor le da.

ISABELA: ¿Yo, señor? Pues ¿a qué efeto?

DUQUE: ¿No os parece digno a vos
el cargo a que le provoco?

ISABELA: Yo de consultas sé poco.
Una tuve con los dos
y aunque entré en primer lugar,
tan mal despacho he tenido
que pretensiones olvido
sin querer desazonar
las que te causan cuidado
y solicitas por él;
mas si hallas caudal en él
para ponerle en estado,
no sé por qué dificultas
lo que menos me parece,
pues quien duquesa merece,
bien merecerá consultas.

DUQUE: ¿Luego ya sabes que quiero
casar al marqués?

ISABELA: Quien ama
tiene cohechada a la fama
que se lo avisa primero.

DUQUE: ¿Y no haces más sentimiento?

ISABELA: ¿Para qué? ¿No es necesidad
ir contra tu voluntad?

DUQUE: Alabo tu sufrimiento,
puesto que culpo su amor;
que yo lo disimulaba,
porque tus penas dudaba

ISABELA: ¿Penas yo? ¡Que no, señor!
Ya me lo ha dicho Leonora
y, consolada por ella,
sé que es más rica y mas bella
mi amada competidora.
Cásale cuando quisieres;
que estando tú satisfecho,
yo renuncio mi derecho.

DUQUE: Amante animosa eres.
La licencia que me has dado,
acepto. Haz cuenta que ya
casado el marqués está.

ISABELA: Hágle Dios bien casado.

DUQUESA: Señor, las consultas pido
para Enrique.

A ISABELA

DUQUE: Poco amor
te debe el marqués.

DUQUESA: Señor,
Enrique me ha parecido
digno para tal empresa;
ese cargo se le aplique.

DUQUE: Mucho rogáis por Enrique.
Basta lo dado, duquesa.

DUQUESA: Yo por conocer, señor,
lo que ese oficio mejora..

DUQUE: No es título Enrique agora,
y fue lo su antecesor.
Desacredito ese cargo,
si a un pobre hidalgo le doy.

DUQUESA: Pues yo de su parte estoy.
De honrar a Enrique me encargo.
A Moncastel le daré
con el título de conde,
que es mío. Si corresponde
con lo que le supliqué,
vuestra alteza haga este bien
a Enrique, pues ve es propicio.

DUQUE: Andad, dadle aqueso oficio
y hacedle duque también.

Vase el DUQUE

ISABELA: Enojado va.

DUQUESA: Hele instado
demasiado.

ISABELA: Es verdad.

DUQUESA: Cualquiera importunidad
causa al poderoso enfado;
pero, en fin, ya Enrique puede
competir con el marqués.
Mayordomo mayor es,
conde y secretario.

ISABELA: Excede
la pasión con que mis cosas
miras, al mayor deseo.

DUQUESA: Gusto que logres tu empleo
en las prendas generosas
de Enrique y tengo de honrarle
cuanto pudiere, por ti.
Conde es ya.

ISABELA: Señora, sí.

DUQUESA: Pues si lo es, empieza a amarle.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE: (Mandóme venir a ver **Aparte**
a Isabela mi Leonora.
Amor, si el alma la adora,
¿cómo fingiréis querer
a quien aun mirar recela
la vista, porque mis ojos
no puedan causarla enojos?
Pero--¡ay cielos!--Isabela
y la duquesa son éstas.
Estando en su compañía,
engaños, por este día,
si con ficciones molestas
la pensastes persuadir
a que era su amante yo,
la duquesa os estorbó
el engañar y el mentir.
¡Plegue a Dios que siempre esté
Isabela acompañada!

*Saluda ENRIQUE las damas, quedándose distante
de ellas. Salen LEONORA y LUDOVICO. Hablan éstos aparte al
salir*

LUDOVICO: Libertad aprisionada
me dio el duque, pues quedé,
cuando más libre, más preso,
Leonora hermosa, por vos.

LEONORA: Marqués, hazañas de un dios
tan liviano y tan travieso,
disculpan vuestra mudanza,
y estoyle yo agradecida.

La DUQUESA e ISABELA hablan aparte

DUQUESA: Isabela, apercebida
Tiene el ciclo tu venganza.
Leonora con el marqués
hablando en secreto está.

ISABELA: Sobre sus bodas será.

DUQUESA: Presente a tu Enrique ves,
favorécele de modo
que a Ludovico castigues,
y a su opositor obligues;
que ocasión es para todo.

ISABELA: Uno y otro intento hacer
tanto por quedar vengada
del uno, como inclinada
al otro. (Hoy tengo de ver **Aparte**
si es de Leonora querido
Enrique, como sospecho,
tan alabado y deshecho,
tan sublime y abatido.)

*Lléganse a Enrique la DUQUESA e
ISABELA*

DUQUESA: Mayordomo el Duque os hace
mayor, por la intercesión
de Isabela, en ocasión
que de vos se satisface.
Besadle, Enrique, la mano.

Besándosela

ENRIQUE: Para que le sacrifique
el alma.

LEONORA: (¡Ay cielos! ¿Enrique, **Aparte**
sin mi licencia, liviano
la mano a Isabela besa?)

LUDOVICO: (¿La mano Isabela da **Aparte**
a un hombre, sin ver que está
mirándole la duquesa,
sin reparar en mis celos?
¿Sin advertir en mi amor?)

LEONORA: (Sin mi permisión, traidor, **Aparte**
¿la mano a mi hermana? ¡Ay cielos!)

LUDOVICO: (Vengue mi agravio Leonora **Aparte**
por el mismo estilo y paso.)

LEONORA: (Haced, celos, pues me abraso, **Aparte**
a dos manos desde agora.
Favoreceré al marqués

a costa de mi recato,
hasta que pierdas, ingrato,
el seso, y mueras después.)

ISABELA: Deseo yo mucho, Enrique,
que vuestro acrecentamiento
iguale al entendimiento
que tenéis, y certifique
quien á quereros empieza
que puede en sugetos tales
hacer que junten caudales
Fortuna y Naturaleza.
La duquesa mi señora
os hace todo favor
con el duque mi señor.

*Hacen que hablan entre sí LEONORA y el
marqués LUDOVICO, y están atentos a lo que hablan los
otros*

DUQUESA: Por vos soy su intercesora.
Quiero yo mucho a Isabela
y, porque vos la sirváis,
si pobre no os alentáis
al amor que la desvela,
conde os llame Moncastel
que a mi estado pertenece,
y mi favor os le ofrece.

ENRIQUE: Vuestro esclavo soy sin él.
(Cuantas más mercedes gano, **Aparte**
más mudo y confuso estoy.)

DUQUESA: Por Isabela os le doy.
Besadle otra vez la mano.

Besándosela

ENRIQUE: Dos dichas ansí intereso,
con que envidien mi fortuna,
honrándome vos la una,
y la otra el cristal que beso.

LEONORA: (Esto va ya rematado. **Aparte**
¿Cómo, celos, no doy voces?)

LUDOVICO: (Celos, verdugos atroces, **Aparte**
¡la mano otra vez le ha dado!
¿Y yo presente y sufriendo?
¿Yo padeciendo y callando?)

LEONORA: (¿No es mejor morir matando, **Aparte**
que tener vida muriendo;
pues Enrique me ofendió,
vénguese mi agravio ansí.)

*Cae, y dale la mano al marqués
LUDOVICO*

¡Jesús!

LUDOVICO: ¿Qué es esto?

LEONORA: Caí;
 el chapín se me torció.

LUDOVICO: Si cayendo, levantáis
 mi dicha a tal bien, señora,
 caed mil veces cada hora.
 Pues vos la mano me dais,
 no yo a vos; que a no caer,
 nunca yo me levantara
 a la ventura más rara
 que pudo amor merecer,
 Pues llega el alma a imprimir
 mis labios en esta cera.

Bésale la mano

(Mas--¡ay, cielos!--si lo fuera, **Aparte**
no me obligara a morir
 el tormento con que lucho,
 a tanta sospecha, expuesto.
¡Qué forzado que digo esto!)

LEONORA: (¡Que a mi pesar esto escucho!) **Aparte**

LUDOVICO: ¡Que mi boca mereció,
 cielos, bien tan soberano!

ISABELA habla aparte con la DUQUESA

ISABELA: ¿Besóla el marqués la mano?

DUQUESA: Sí, Isabela, sí besó.

ISABELA: No es en Geldres, segun esto,
 donde Ludovico adora;
 aquí sí donde Leonora
 en él los ojos ha puesto.
 No en balde me aconsejaba
 que hiciese a Enrique favor.
 ¡Ay poco avisado amor!
 ¡Qué ignorante de esto estaba!
 Basta, que intenta mi hermano,
 casándolos a los dos,
 Alma, burlarse de vos,
 y que ya se dan la mano.

DUQUESA: Todas son estratagemas,
 que amor soldado apercibe;
 pues das heridas, recibe,
 y abrasa, pues que te quemas.

ENRIQUE: (En mi agravio tropezó **Aparte**
Leonora; pero será
porque con celos, está
de que dos, veces me vio
besar la mano a Isabela.
¿Qué he de hacer? No pude más.
¡Ay mi bien! ¡Cuál estarás!
Deshaga Amor esta tela.)

LUDOVICO: Besar esta mano tengo
tres veces; (Porque así vengo **Aparte**
dos besamanos con tres.)

Lo hace

ISABELA: (No sabe quitar los labios **Aparte**
de su mano. Loca quedo.
Celos, haced, que no puedo
disimular mis agravios.)
Enrique, quitaos allá
que celos en competencia
atormentan mi paciencia.
Ludovico me los da
necio es quien amar pretende
dama por otro celosa.

LEONORA: Marqués, pena ponzoñosa
os desatina y suspende.
A Isabela habéis querido;
celos agora tenéis.
Por más que disimuléis,
yo sé bien que estáis perdido.
Apartaos, dejadme aquí;
que no estáis hoy con sazón.

LUDOVICO: Tenéis, señora, razón;
que ni estoy en vos ni en mí.
Pensé con vos despicar
mis sentimientos y enojos;
mas con celos a los ojos,
¿qué paciencia ha de bastar?
A formar agravios voy
de mi ingrata.

A la DUQUESA

ENRIQUE: Gran señora,
dar cuenta quiero a Leonora
del favor que me hacéis hoy,
pues es justo que publique
a todos tanta merced.

DUQUESA: Andad, habladla, y creed
que os tengo de honrar, Enrique.

Truecan de puesto los dos galanes

LUDOVICO: Ya no bastan sufrimientos
para tantos desengaños;
Ingrata, dén a mis años
temprano fin tus tormentos.

Paga mal a un bienquerer;
sé inconstante a mi firmeza,
pródiga de tu nobleza,
mudable, en fin, y mujer;
pero no me hagas testigo
de tus livianos desvelos;
que darme a los ojos celos
es insufrible castigo.

¿Qué ocasión jamás te di
con que de mí quejas tengas?
¿Qué injurias son las que vengas
que me atormentas así?

Dé a Enrique tu amor ingrato
favor que su dicha aliente
mas no estando yo presente,
y ofendiendo tu recato.

Escalas de noche admite
que el sol al duque revele;
Amor a tus rejas vele,
si en tal mujer se permite;
mas no en mi presencia trates
ansi a quien ya reconoces,
si no quieres que dé voces,
y que diga disparates.

ISABELA: ¿Qué dices? ¿Vienes sin seso?
¿Con Leonora no te casas?
¿Puedes negar que te abrasas
por ella? Dígalo un beso
en su mano continuado
y en mi presencia atrevido.
Del mismo duque he sabido
la palabra que la has dado.
¿Qué me quieres?

LUDOVICO: ¿Vos, señora,
consentís esto?

DUQUESA: No sé
como admite vuestra fe,
viéndoos tan fácil, Leonora.
Yo quiero bien a Isabela,
y sus partes solicito.

LUDOVICO: Pues siendo suyo el delito,
¿Me ofende vuestra cautela?
Ha un mes que es de Enrique esposa,
y tercero en Belpaís
un jardín, ¿y desmentís
mi sospecha rigurosa?
Todo Enrique me lo ha dicho.

ISABELA: ¿Qué es esto, marqués? ¿Qué es esto?

LEONORA: ¡Ah, Enrique! ¡Enrique! ¡Qué presto

de quién sois habéis desdicho!
¿Mudable a la primer prueba?
¿Al primer lance liviano?
Rendido a la primer mano?
¿Idolatrada por nueva?
¿Besada por inconstante?
¿Por más bella apetecida?
¿Vos fácil y yo ofendida?
¿Yo celosa y vos constante?

ENRIQUE: Mi bien, ¿no fue traza vuestra,
por encubrir nuestro amor,
el pretenderla?

LEONORA: ¡Ah, traidor!
De tus engaños das muestra.
Que la pretendieses, sí;
pero no que en una mano
sellase el labio villano
tu amor las veces que vi.

ENRIQUE: Si supieras la ocasión...

LEONORA: ¿Tú, ocasión?

ENRIQUE: ¡Ay prenda bella!
Hízome el duque por ella
mayordomo.

LEONORA: ¿Y no es traición
el dejarte tú obligar
de quien sabes que me ofende?

ENRIQUE: La duquesa que pretende
en mi su favor mostrar,
de Moncastel me hace conde
a intercesión de tu hermana.
La nobleza es cortesana,
y yo quien la corresponde.
Por eso, y por ser su gusto,
segunda vez la besé
la mano.

LEONORA: Y que el tuyo fue.

ENRIQUE: ¿Pues no te parece justo
ser agradecido?

LEONORA: ¡Y cómo
eres todo cortesía!
Goce vuestra señoría
titulado mayordomo,
el título y prenda bella
que el duque le ha granjeado;
que pues ya el dote le ha dado,
presto casará con ella.

*Hácele una gran reverencia, y se va LEONORA.
La sigue ENRIQUE*

Leonora, mi bien, mi cielo,
sólo amarte estimo yo.

Vase ENRIQUE

LUDOVICO: ¿Cómo su cielo llamó
Enrique a Leonora?

ISABELA: Fuélo,
si como antes sospeché
se han querido bien los dos.

LUDOVICO: ¡Oh villano! Vive Dios,
que ántes que tu engaño dé
materia a mi nuevo agravio,
la vida te he de quitar.

DUQUESA: Si el saber es engañar,
con razón le llaman sabio.

LUDOVICO: ¡Finges que a Isabela quieres,
hácesme amar a Leonora,
y sales con eso agora!
¿Por cuál de estas dos mujeres
le hacen guerra tus desvelos?
Declárense ya tus dudas;
que al paso que damas mudas,
se van mudando mis celos.

Vase LUDOVICO

DUQUESA: Sin despedirse se fue
el marqués.

ISABELA: Quiere a mi hermana.
No fue mi sospecha vana.
Que amaba en Geldres pensé;
pero acercáronse más
mis celos.

DUQUESA: Si a Enrique adora
también tu hermana Leonora,
fértil cosecha tendrás
de celos.

ISABELA: Danme pesares
los de Enrique y del marqués;
que porque muera cual ves,
los celos padezco a pares.

DUQUESA: ¿Cuáles sientes más?

ISABELA: Ignoro
a quien deba más tormento:
los del marqués lloro y siento,
los de Enrique siento y lloro.
Solo sé que el ciego dios

da, señora, a mi fortuna
las dichas de una en una,
y las penas de dos en dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale el DUQUE

DUQUE: Honor, si dais licencia a que fabrique
sospechas el temor que os desvanece,
a Enrique la duquesa favorece
¿osaréis afirmar que quiere a Enrique?
Por ella es mayordomo; multiplique
nobles cargos en él, pues los merece;
las consulta le alcanza. Bien parece
que a un sabio mis despachos comunique.
Hízole conde; ya, sospechas, pasa
de lo justo el favor que manifiesta
quien con tanta eficacia a honrarle acude.
Yo, honor, no afirmo que por él se abrasa;
mas para deslucir su fama honesta,
basta dar osasión a que se dude.

Sale LEONORA

LEONORA: Dícneme que vuestra alteza
me llama.

DUQUE: Hoy te has de casar.
El marqués, que á tu belleza
adora, no da lugar
a tu espaciosa tibieza.

LEONORA: ¿Con tanta aceleración
sin estar apercebida?

DUQUE: Amor todo es prevención.

LEONORA: Así alargue Dios tu vida
y te dé real sucesión,
que el plazo dilates más.

DUQUE: Causa a sospechar me das
mil desatinos, Leonora.
Si el marqués tu luto adora,
si por él tan ciega estás
que los papeles le escribes
que tu liviandad señalan,
si en Belpaís le recibes,
si a atrevimientos que escalan
honras, rejas le apercibes,
¿por qué con vanas excusas
lo que apetece rehusas?

LEONORA: Temo causar a Isabela,
que ya estas cosas recela,
la muerte.

DUQUE: De engaños usas
más que de piedad con ella.
Ya no tienes que temer
ni casarte, ni ofendella.
Del marqués te quiere hacer
gracia. Aprovéchate de ella.
Todo tu amor ha sabido,
y más que tú recatada,
pone su amor en olvido.

LEONORA: (Sospecha, ya averguada,
si mi hermana ha aborrecido
a Ludovico, ¿quién duda
que en Enrique su amor muda?) **Aparte**

DUQUE: Determinate, Leonora;
que has de estar dentro de un hora
casada, si fuiste viuda.

LEONORA: Señor, en caso tan grave
darme mas plazo es razón.

DUQUE: ¿Quieres que tu vida acabe?

LEONORA: Importa la dilación.

DUQUE: ¿Di por qué?

LEONORA: Enrique lo sabe.
Comunicalo con él;
que es discreto, sabio y fiel
y si no te disuadiere
de tu intento, y persuadiere
a que en eso eres crüel,
yo me casare al momento.

DUQUE: Si en eso está tu cuidado,
aunque ignoro el fundamento,
Enrique me ha aconsejado
que abrevie tu casamiento.

LEONORA: ¿Quién, señor?

DUQUE: Enrique.

LEONORA: ¿Cómo?
¿Quién dices?

DUQUE: Enrique el fiel,
cuyos pareceres tomo;
e conde de Moncastel,
secretario y mayordomo.

LEONORA: ¿Ése es posible que diga,
contra la fe que le obliga
a cosas que le he fiado,
que me cases? ¿Él te ha dado
tal consejo?

DUQUE: No prosiga
tu torpe lengua adelante;
que ya de Isabela sé
que ese vil hombre es tu amante
y tu engaño averigüé
con industria semejante.

Isabela, que mejor
que tú guarda los respetos
de su calidad y honor,
penetrando los secretos
de tu descompuesto amor,
tus desvelos ha advertido,
y remedio me ha pedido
del honor que tiranizas,
con que agravias las cenizas
de tu difunto marido.

Que estás perdida me dijo
por ese Enrique villano,
de un pobre soldado hijo;
y no afirmándolo en vano,
dos cosas de aquí colijo
o que éste fue el que admitiste
a que celase tu fama
y el vil papel escribiste,
por quien la amorosa llama
de Ludovico fingiste;

o que si el marqués ha sido
hasta aquí de ti querido,
con afrentosas mudanzas
a Enrique das esperanzas,
y a esotro desdén y olvido.

Mas como quiera que sea,
yo haré que en ese traidor
severos castigos vea
Alemania, del rigor
que en mi justicia se emplea.

El tálamo que esperaba
cuando tu amor escalaba,
hoy un cadalso ha de ser,
donde Cleves pueda ver
la deslealtad cómo acaba.

Hace que se va el DUQUE

LEONORA: Señor, señor, oye, espera.
(¡Ay, Enrique desdichado!) **Aparte**
Que te engaña considera
quien celosa te ha informado
contra mí de esa manera.

Cuando a ese hombre des la muerte,
yo sé que la llorará
más que yo la que te advierte
que mi amor causa te da
a tratarme de esa suerte.

Si yo te hubiera mentado,
o el marqués no hubiera sido
el blanco de mi cuidado,
¿confesárase él culpado,
preso por ti y ofendido?

¿Niega ser la escala suya
de tanto daño ocasión?
¿No viste la espada tuya
en su cinta? ¿Qué razón
hay que en contra de esto arguya?

Quien te pidió para él
tantas cosas en un día,
tanta consulta y papel,
la mayor mayordomía,
la villa de Moncastel,
cuando contra mí publique
falsedades que fabrique
de sus celos la eficacia,
¿está confirmada en gracia
que no puede amar a Enrique?

DUQUE: (¡Ay cielos! Cierra la boca **Aparte**
contra mi honor, atrevida.)
Que a no mirar que estás loca...

LEONORA: A lo menos ofendida
de quien a esto me provoca;
pero ya determinada
de dar la mano al marqués,
hazle llamar, pues te agrada
y advierte que de Enrique es
en palacio...

DUQUE: ¿Qué?

LEONORA: No es nada.

Vase LEONORA

DUQUE: Alto. Mi imaginación
salió, cielos, verdadera.
No son mis celos quimera.
Certidumbres sí que son.
Buena anda ya mi opinión,
pues Leonora me declara
lo que a no saber, no osara.
Honra, ya os lloro por muerta;
que si la injuria no es cierta,
no se da con ella en cara.

Quien me pidió para él
tantas casas en un día,
la mayor mayordomía,
la villa de Moncastel,
tanta consulta y papel...
¿Qué bien arguyó Leonora!
La duquesa a Enrique adora,
y el mayordomo traidor,
por ser en todo mayor,
mayor mi injuria hace agora.

Mas ¿si la sospecha ciega
mi hermana engañó también?
Eso no; que los que ven
más alcanzan que el que juega.

Lo afirma el temor, niega
la fe que es bien que dedique
a mi esposa, aunque fabrique
culpas; pero en tal desgracia,
no está confirmada en gracia,
que bien puede amar a Enrique. b

Gobernadme vos, prudencia.
No deis lugar a la ira
que cuando con pasión mira,
hace al engaño evidencia.
Nunca el cuerdo juez sentencia
por indicios los castigos,
Aún de los más enemigos;
y si mis celos la acusan,
sus virtudes la recusan,
pues no valen por testigos.

*Sale LUDOVICO, hablando para sí al
salir*

LUDOVICO: Todo soy confusiones,
celos, penas, congojas y pasiones.
Leonora me desvela;
desdenes me atormentan de Isabela.
Si entre las dos navego,
por Scila y por Caríbdis, de amor ciego,
dará al traste conmigo
niño piloto, cuyo rumbo sigo.

DUQUE: Ludovico, ¿qué es eso?

LUDOVICO: Cárceles, gran señor, que libre preso
padezco, y cuando ordeno
desenlazarlas más, más me encadenó.

DUQUE: Culparéisme de ingrato
porque palabras dadas os dilato
y no os doy a Leonora;
pero casándoos hoy, si plazos llora
Amor que todo es prisa,
convertiréis, marqués, llantos en risa.
Hoy quiero desposaros;
hoy mi hermana su dueño ha de llamaros.

LUDOVICO: ¿Quién, gran señor?

DUQUE: Leonora,
por quien mudanzas vuestras siente y llora
Isabela olvidada.

LUDOVICO: Ya Leonora, señor, tiene ocupada
la voluntad, que apenas
el alma rescato, cuando en ajenas
prisiones la cautiva.
¡No quiera Dios que por mi causa viva
sin gusto su belleza,
siendo tirano de ella vuestra alteza!

DUQUE: ¿Qué decís?

LUDOVICO: Que resuelto
a no ofenderla, la palabra osuelto,
pues si a otro el alma ha dado,
y con ella me casa mi cuidado,
¿de qué sirve que en calma
su cuerpo goce yo, y Enrique el alma?

DUQUE: ¡Enrique! ¿Cómo es eso?

LUDOVICO: Empresa es de Leonora, y él su preso.

DUQUE: ¿Quién dijo tal mentira?

LUDOVICO: El alma que Argos toda a Enrique mira,
y para darme enojos,
Enrique es todo lenguas, si ella es ojos.
Yo oí, señor, llamalla
du bien, su cielo...

DUQUE: Calla, marqués, calla;
que no es bien que desdores
de esa suerte a mi hermana. Tus amores,
por ser cual tú mudables,
te obligaran a que en su ofensa hablas
tan libre y sin consejo,
cuando es mi hermana de Alemania espejo.
Habráste reducido
al amor de Isabela, agradecido
a lo que su firmeza
merece, que es igual a su belleza.
Bien, marqués, me parece.
Si tú la quieres bien, ella padece.
No intento violentaros.
Al punto habéis los dos de desposaros.
Perdonará Leonora;
que es más antigua, en fin, su opositora.

LUDOVICO: ¿Yo, señor, e Isabela
desposarnos?

DUQUE: Si la amas, ¿qué recela
tu confusión dudosa?
¿No merece mi hermana ser tu esposa?

LUDOVICO: Yo, gran señor, he sido
quien llora por no haberla merecido.
Ya ella te ha excusado
con cuerda prevención de ese cuidado.
Casada es ya Isabela.

DUQUE: ¿Qué dices? ¿Estás loco?

LUDOVICO: Amor que vuela,
ligeramente alcanza
la posesión, que sigue a la esperanza.
Belpaís sea testigo,
pues su tercero fue, de esto que digo.

DUQUE: ¿Isabela casada,
y yo ignorante de eso?

LUDOVICO: Retirada,
en Belpaís, sus flores
ocasionaron tiernas sus amores.

DUQUE: No es posible que crea,
sino que tu mudanza que desea
variar cada instante
objetos amorosos, la levante
mentiras que no creo.
Servístela primero, y el deseo
que cuantas ve apetece,
por Leonora después se desvanece.
Despertaste en su luto
difuntos pensamientos que sin fruto
permitieron escalas,
con que tu culpa a tu mudanza igualas.
Cogióte mi cuidado
asaltando su honor, y habiendo estado
tan justamente preso,
me confesaste tu liviano exceso.
Yo entónces deseoso
de soldar este daño, hacerte esposo
prometí de Leonora,
y afirmasme que quiere a Enrique agora.
Creí que reducido
al amor de Isabela, habías fingido
contra ella aquese engaño;
doyte a Isabela, y para mayor daño
de su fama injuriada,
me dices que con otro está casada.
¿Qué es esto, Ludovico?
Mil cosas en tu daño verifico.
Mientras no me dijeres
el autor de este insulto, creeré que eres
tú solo el que desdora
la fama de Isabela y de Leonora
y vuelta en aspereza
sin piedad, no aseguro tu cabeza
mientras no me revela
quién es quien me agravió con Isabela.
¡El cielo eterno vive,
que el agravio y deshonra que recibe
Leonora despreciada
por ti, después de fe y palabra dada
de casarte con ella,
y la que en Isabela se querella
del agravio que la haces,
si dándole el amor no satisfaces
a lo que no es creíble,
en Cleves has de ser ejemplo horrible
de ingratos y de alevés,
que escarmiente con tu muerte Cleves.

LUDOVICO: Señor, ya es el secreto
dañoso en mí. Perdone su respeto
y advierte que el que puso
en tu palacio escalas, y dispuso

profanar atrevido
el real honor que tanto has ofendido,
no ha sido yo.

DUQUE: ¡Otro engaño!

LUDOVICO: Isabela fue causa de ese daño.
Ella al amor rendida
de un hombre desigual en sangre y vida
a su augusta nobleza,
escalas permitió que tu grandeza
abatiesen, no en vano,
pues de esposa le dio palabra y mano.
Éste llevó tu espada
la noche para mí tan desdichada,
víspera de aquel día
en que cayendo yo, quebré la mía.
Pedísela, ignorante
que sucediese caso semejante;
pues si yo te ofendiera,
claro está que con ella no viniera
a provocar tu furia,
y hacerme delincuente de tu injuria.
Prendísteme por ella,
formando mi prisión de ti querella.
Contóme temeroso
todo este caso el encubierto esposo
de Isabela, engendrando
celos mi amor en que me esté abrasando.
Conjuróme, en efeto,
a que guardase contra mí el secreto
de tan ciego accidente,
haciéndome, cual viste, delincuente
del insulto que digo.
Soy bien nacido, en fin, y él es mi amigo
y, así contra mis celos,
a costa de pesares y desvelos,
culpado me confieso,
y a Leonora atribuyo este suceso,
porque mudando en ella
el amor de su hermana ingrata y bella,
mejor te dispusiese
a que de esposa mano y fe me diese;
mas viendo que ama a Enrique,
puesto que es bien que celos multiplique,
no querrá Dios que tuerza
su gusto, y que casándose por fuerza
sus lágrimas permita.
Leonora a Enrique en su favor admita
porque yo desde agora
a Isabela renuncio y a Leonora.

DUQUE: ¡Qué de engaños que os ha hecho
el amigo que ocultáis!
Mal de Isabela pensáis;
mal de Leonora sospecho;
No debéis callar quién es
el que os ha sido traidor.

LUDOVICO: Di mi palabra, señor,
de no decirlo.

DUQUE: Marqués,
no ocasionéis más mi enojo.
Decidme cómo se llama
el violador de mi fama.

LUDOVICO: Por mejor la muerte escojo
que ir contra el juramento
y palabra que le di.
Basta lo que he dicho aquí.

DUQUE: Pues si en ese fundamento
corre riesgo la opinión
que sospechoso os desvela,
porque no deis a Isabela
culpas que tuyas no son,
y podéis saber cuán fiel
amigo el tiempo os señala,
ved por quién puso la escala,
en ese roto papel.

*Dale el DUQUE los pedazos de papel que recogió
en el primer acto, y vase*

LUDOVICO: ¿Qué es esto, cielo? En pedazos
letras de Leonora veo.
¡Oh amor, confuso Teseo!
¿Cuándo saldré de estos lazos?

Lee

*"Duque a caza," en éste dice.
Nada colijo de aquí.*

Lee

*"Noche la escala," ¡Ay de mí!
¡Qué presto me satisface
de engaños que Enrique pinta!
Por Leonora fue la escala,
que, en este papel señala.*

Lee

*"La respuesta en esta cinta..."
Ya me dijo que tercera
fue una cinta de su amor.
Basta, que Enrique es traidor.
¿Hay mas confusa quimera?
¡Válgame el cielo! ¿A qué efeto,
si Leonora fue su dama,
ofendió Enrique la fama
de Isabela? A ser discreto,
como tiene la opinión,*

¿más acertado no fuera,
que la verdad me dijera,
sin que la reputación
de Isabela peligrara,
ni dar materia a mis celos?
Sospechas, viven los cielos,
que he visto la traición clara
con que Enrique al duque ofende,
a Leonora, a Dios y a mí.
Al duque, pues ama así
a su hermana y la pretende;
a Leonora, pues la olvida
por Isabela, después
que su esposa dice que es;
y a mí la fama ofendida
de Isabela, pues me jura,
que, mi amor menospreciado,
mano de esposo le ha dado.
¿Gozaría la hermosura
de Leonora, y viendo luego
a Isabela, mudaría
en ella su amor? Sí haría;
que por eso pintan ciego
a este dios, pues no repara
en leyes ni inconvenientes.
Por atajar los presentes
de mi amor, es cosa clara
que me persuadió a querer
a Leonora--¡arbitrio extraño!--
para que con este engaño
no le pudiese ofender
mi amorosa competencia,
quedando su pretensión
libre y sin oposición.
No hay duda; esto es evidencia.
Pero--¡cielo!--a dos hermanas
osa pretender un hombre
sin que el peligro le asombre?
¿Sin temer leyes cristianas?
Aunque para tanto agravio
salida hallará su ciencia;
que la mas ancha conciencia,
dice el vulgo, es la del sabio.
El viene aquí. Honrosa muerte
es dársela por mi mano.
La de un verdugo villano
el duque darle concierte;
que declarándole ya
toda la verdad que ignora
a Dios, a mí y a Leonora
juntamente vengará.

*Sale ENRIQUE hablando aparte al
salir*

ENRIQUE: (Por haber Leonora dado
en que a Isabela pretenda,
me ha de perder, sin que entienda
su ciega razón de estado.

¿Cuándo en, tu jurisdicción,
Amor, que en vano resisto,
razón de estado se ha visto,
si nunca amas por razón?
Pero el marqués está aquí.

LUDOVICO: A estar vos menos culpado,
y yo no tan injuriado,
satisficiera por mí
la venganza merecida
de tanto engaño y enredo;
pero como no lo quedo
con privaros de la vida,
remito a otro ejecutor,
digno de vuestras traiciones,
las justas satisfacciones
que suelen dar a un traidor.

ENRIQUE: Ludovico, ¿habláis conmigo?

LUDOVICO: ¿Pues con quién tengo de hablar
de esta suerte?

ENRIQUE: Doy lugar,
por haber sido mi amigo,
a vuestro enojo y mi agravio.

LUDOVICO: ¿Con cuántas almas vivís,
que en tantas las repartís?
¿Vos sois noble? ¿Vos sois sabio?
¿Pueden dar dispensación
las letras de que os preciáis,
para que a un tiempo queráis
dos hermanas? ¿Hay razón
para injuriar a Leonora,
y amar después a Isabela?
Poned en África escuela,
pues tenéis el alma moro
si es que sus leyes tiranas
vuestro desatino admiten,
y en su Alcorán os permiten
casaros con dos hermanas.

ENRIQUE: ¿Qué decís, marqués? ¿Qué es eso?
De mi templanza aprended
a enfrenar enojos.

LUDOVICO: Ved
de vuestro insulto el proceso
en este papel agora.

Dale los pedazos de papel

¿Conocéisle?

ENRIQUE: En sus renglones
de Isabela leo razones,
y la letra es de Leonora.

LUDOVICO: ¿Qué decís? Pues ¿a qué efeto
Isabela necesita
de ajena pluma, e incita
a que peligre el secreto
con que me afirmáis que os quiso?

ENRIQUE: ¿Pues agora ignoráis vos
que no hay secreto en las dos
de que no se den aviso?
¿Cómo lograrse pudiera
tan dilicultoso amor,
si de Leonora el favor
de mi parte no estuviera?
Ella en la amorosa quinta
fue nuestra tercera fiel.

LUDOVICO: Pues ¿de qué sirvió el papel
cada noche de una cinta
con tanta industria colgado,
si fue su hermana Leonora,
de vuestro amor sabidora?

ENRIQUE: Por no fiar de un críado
negocios de tanto peso;
pues mal Leonora podía
dárme los, cuando vivía
en su mismo cuarto.

LUDOVICO: En eso
decís bien; pero ¿por qué
es la letra de Leonora,
pues Isabela no ignora
el escribir?

ENRIQUE: Eso fue
un día que estuvo mala;
que quien el alma le fía,
también fiarle podía
un papel.

LUDOVICO: En fin, ¿la escala
fue para Isabela?

ENRIQUE: Pues
¿podéis vos dudar en eso,
si os lo dije estando preso?
Dadme crédito, marqués.

LUDOVICO: Hiciéralo, a no pensar
que me engaáis. Sabéis mucho;
convencéisme, si os escucho.
Mis celos me hacen dudar
de que olvidando a Isabela,
queréis ya bien a Leonora.

ENRIQUE: Ella saldrá por fiadora
de que no hay en mi cautela;
preguntadla si escribió
ella misma ese papel,
y si las palabras de él

Isabela las notó,
y perderéis el recelo
que tenéis, marqués, de mí.

LUDOVICO: Si yo llamarla te oí,
"Leonora, mi bien, mi cielo"
Cuando de ti se apartó,
¿no he de juzgar que la adoras?

ENRIQUE: Como la ocasión ignoras
que tu mudanza la dio,
tuerces, marqués, el sentido.
Publicaste por su amante,
y cuando me ves delante,
honrado y favorecido
de Isabela, a hablar con ella
vas, y dejando a Leonora,
causas celos que hasta agora
agravian tu vida bella.
Viendo el desprecio, a sus ojos,
juró vengarse de mí
que ocasión de amarte fui,
y agora de sus enojos.
Amenazóme por esto
que al duque había de decir
nuestro amor, y descubrir
cuanto la hizo manifiesto
nuestra necia confianza;
y así, lleno de recelo,
la llamé "mi bien, mi cielo,"
por aplacar su venganza.
Mira cuán diverso fue
de la verdad tu sentido!

LUDOVICO: Alto, yo estoy convencid.
A ver a Leonora iré,
y si verdaderas son
las disculpas que me bas dado,
y mi amor le da cuidado,
yo le pediré perdón,
cumpliendo del duque el gusto
que hoy me quiere desposar
con ella.

Vase LUDOVICO

ENRIQUE: ¿En qué ha de parar
tanto enredo, Amor injusto?
Sacadme ya de cuidado.
¡Mal haya el amante, amén,
que a quien jamás quiso bien,
ama por razón de estado!

Sale LEONORA

LEONORA: Gran peligro, Enrique, corre
tu vida, si no te ausentas;
y en ausentándote tú,

me puedes llorar por muerta.
El duque lo sabe todo;
vendido nos ha Isabela;
mis desdichas y su aviso
aumentaron sus sospechas.
Véte, Enrique de mis ojos,
que pelagra tu cabeza.
Mas ¡ay, de Leonora triste,
si te partes y la dejas!
Estas razones de estado,
que en el del amor violentas,
engañan tanto estadista,
nuestro amor vuelven tragedia.
Por asegurar al duque,
te dije, que no debiera,
que amar fingieses mi hermana;
hechizóle tu presencia.
Si de burlas la serviste,
encendiéronse de veras
rayos de su voluntad,
y abrásanla sus centellas.
Celos, mi Enrique, la obligan,
creyendo que la desprecias,
a mujeriles venganzas.
¿Quién podrá librarte de ellas?
¡Mal haya la dama, amén
que ocasiona con su prenda
voluntades tornadizas,
a toda ocasión dispuestas!
Véte, esposo; amores, véte
antes que el duque te prenda.
No te despidas, excusa
palabras en llanto envueltas;
que si por verte partir
mudo, mi bien, me atormentas,
¿qué han de hacer ponderaciones
animadas con ternezas?
¿Qué aguardas?

ENRIQUE: ¡Ay prenda cara!
¡Y qué caro que me cuesta
amar por razón de estado.
No dilates con mi ausencia
mi tormento; aquí es mejor
muriendo, mi bien, que tengan
fin mis males con mi vida.

LEONORA: No, amores, vive tú y deja
a tu esposa prolongados
siglos de llantos y penas;
doblarán ausencias tuyas
con mi luto mis tristezas.
Pero llévame contigo...
mas no, que el honor recela
licenciosas invectivas
del vulgo, monstruo de lenguas.
Vete, adiós, no aguardes más.
Moriréme si te quedas.
No me abracés ni repliques.
Vete antes que el duque venga.

ENRIQUE: Si tú, amores, de eso gustas,
adiós.

LEONORA: Adios. Oye, espera.
¿Tan secamente te partes?
¿No me abrazarás siquiera?
¡Sin decirme una palabra,
sin una mano, una muestra,
un suspiro, un ay, un voyme,
con que piense que te pesa!
¡Ah, ingrato!

ENRIQUE: Pues, dueño mío,
si me enmudeces la lengua,
si, sin despedir, me mandas
partir, ¿de qué formas quejas?
¡Plegue a Dios, aunque te enojas,
si, aunque más peligros tema
del poder, que estando airado
no halla a furias resistencia,
de este puesto me ausentare,
donde inmóvil como piedra,
a desdichas dé venganzas,
antes de morir te vea
en los brazos del marqués.

LEONORA: Tengo el alma, mi bien, llena
de ciegas contradicciones;
no te espantes que esté ciega.
Pero ya que no te partes,
porque tu vida entretenga
plazos que la muerte acorta,
engañemos a Isabela.
Finge, pues te adora, amarla,
satisface a sus sospechas,
dila mil males de mí,
escribela mil ternezas.
Anda, nótala un papel;
que yo quiero ser tercera
esta vez contra mí misma.
Yo te traeré la respuesta.
Yo la diré, Enrique mío,
que como por bien lo tenga,
seré del marqués esposa,
porque tú suyo lo seas.
Podrá ser que de esta suerte
reducir al duque vuelva,
diciendo que se engañó.
¡Buena traza, Enrique, es ésta!
Anda, y trae el papel luego.

ENRIQUE: Mi bien, ¿por qué me encomiendas
cosas de que ha de pesarte,
si me has de reñir por ellas?

LEONORA: No hayas miedo, date prisa.
Yo gusto de ello. ¿Qué esperas?
De mí le escribe mil males.

ENRIQUE: Mira bien, esposa bella,
lo que me mandas.

LEONORA: Acaba.

ENRIQUE: Yo voy, pero ¿si te pesa,
y lo que dije de burlas,
me lo atribuyes a veras?

LEONORA: No tengas temor.

ENRIQUE: Voy, pues

LEONORA: Oye. ¿Es posible que llevas
ánimo de decir mal de mí?

ENRIQUE: ¿No me lo aconsejas?

LEONORA: Pues ¿sabráslo tú decir?

ENRIQUE: No sé. Extraña estás.

LEONORA: Ve, y deja
para necios mis temores;
que toda celosa es necia.
Mira que te espero aquí.

ENRIQUE: Luego vuelvo.

LEONORA: Oye. No seas
criminal contra tu esposa;
cuando digas faltas de ella,
blanda la mano, mi Enrique.

ENRIQUE: Ya no quiero escribir letra.

LEONORA: Sí, sí, escribe, que es forzoso;
pero, Enrique, no quisiera
que te saborearas tanto
escribiéndola finezas,
que las que al papel hurtaras,
guardes a la cabecera.

ENRIQUE: ¡Oh, qué extraña que estás hoy!

LEONORA: Son dulces palabras tiernas,
y a quien anda entre lo dulce,
mi bien, algo se le pega.

ENRIQUE: Pues dejémoslo.

LEONORA: Eso no.
Ya te digo que estoy necia
vé, no me digas palabra;
que te diré mil simplezas.

Vase ENRIQUE. Sale ISABELA

ISABELA: Poco la sangre te obliga
para que seas humana
conmigo; llámasme hermana,

y hácesme obras de enemiga.
Túvome el marqués amor,
y usurpásteme al marqués;
persuadísteme después
que a Enrique hiciese favor
porque así le diese celos,
y tus consejos seguí;
Celos al marqués le dí,
a Enrique di el alma. ¡Ay cielos!
¡Qué mal hice! ¡Y qué mal haces,
pues mi muerte solícitas!
Al uno y otro me quitas,
y a ninguno satisfaces.
Leonora, acabemos pues,
y sepamos a quien amas
si Enrique aumenta tus llamas,
déjame libre al marqués;
si el marqués te está mejor,
desocúpame a mi Enrique.

LEONORA: ¡Tuyo! ¿Cómo?

ISABELA: No fabrique
nuevos enojos tu amor.
El duque intenta casarte
con Ludovico, Leonora.
Celosa de que te adora,
quise desacreditarte
diciéndole que admitías
de Enrique nuevos deseos,
y con iguales empleos
a su amor satisfacías.
Indignado el duque está
contra Enrique y contra ti,
y como no sea por mí,
su vida peligrará.
Haz por mí y por él, Leonora,
una cosa solamente.
Ser mi esposo le consiente;
da al marqués la mano agora;
que siendo Enrique mi esposo,
y haciéndole desterrar,
daré al enojo lugar
del duque que está furioso;
y estando ausente, podremos
hacer este estorbo llano,
y apaciguando a mi hermano,
a Cleves le volveremos.
Nada arriesgas, si al marqués
quieres tanto como dices;
que sus bodas solenices
y apoyes la mía después.
Mira, hermana de mi vida,
que estoy por Enrique loca.

LEONORA: Pues no te cabe en la boca,
bien muestras que estás perdida.
Por mí, hermana, más que luego
os caseis. ¿Mas sabes tú
que querrá Enrique?

ISABELA: ¡Jesú!
Téngole de amores ciego.
Júrame tú de callar
a mi hermano lo que pasa,
verás cuán presto se casa
conmigo.

LEONORA: ¿Y él da lugar
a eso?

ISABELA: ¿Pues no te digo
que á no recelar de tí,
ya me hubiera dado el sí?
La duquesa sea testigo,
que por la merced que me hace,
nuestros amores alienta.
(Amor, haced, aunque mienta, **Aparte**
pues Enrique os satisface,
que me le deje Leonora.)

LEONORA: En fin, ¿Enrique te quiere?

ISABELA: Ya te digo que se muere,
si no me ve de hora en hora.
¿Qué papeles no me ha escrito?
¿Qué noches no me ha rondado?
¿Qué versos no me ha enviado?
Quiéreme, hermana, infinito;
sólo dice que te debe
más antigua obligación,
y que por esta razón
está dudoso.

LEONORA: (¡Oh aleve!) **Aparte**

ISABELA: Leonora, haz lo que te digo.

LEONORA: Ese Enrique es todo engaño,
hermana; más ha de un año
que está casado conmigo.

Vase LEONORA

ISABELA: ¿Un año? ¡Buen desatino!
pero--¡ay cielos!--que sí hará,
pues de Belpaís está
su quinta y monte vecino,
donde el crüel se retiró.
Mudemos, alma, deseos;
dejemos locos empleos.
Leonora se declaró.
Si su esposo ha un año que es
Enrique, de su mudanza
ya el marqués me da venganza.
Perdonad, alma, al marqués.
Volvedle otra vez a amar;
que si, en fe de que esto ignora,
hasta aquí sirvió a Leonora,
viendo ocupado el lugar

que creyó adquirir en vano,
por fuerza me ha de querer.
¡Ay Leonara! ¡Al fin, mujer!
¡Ay Enrique! ¡Al fin, villano!

Sale LUDOVICO

LUDOVICO: Ya que el cielo determina
mi vida, Isabela hermosa,
y no podéis ser mi esposa,
sed siquiera mi madrina.
El duque con vuestra hermana
me casa; ella lo ha pedido.
Lo que con vos ha perdido,
con Leonora mi amor gana.
Ni me desposa una quinta,
donde su flor os regala,
ni mi amor rejas escala,
ni es mi tercera una cinta,
de papeles estafeta
que el ingenio y el temor
cuelgan, pagando el honor
los portes. Vos sois discreta,
discreto esposo escogistes,
puesto que no vuestro igual.
Amor de sí es liberal;
por eso el alma le distes.
Pues mi suerte se mejora,
la vuestra se multiplique,
siendo vos dueño de Enrique,
y yo esposo de Leonora.

ISABELA: Marqués, ¿qué escalas son éstas
que dos veces os he oído?
¿Qué quinta tercera ha sido
de aficiones descompuestas?
¿Estáis en vos? ¿Qué decís?

LUDOVICO: Estoy yo muy obligado
a Enrique, que me ha fiado
secretos de Belpaís;
de quien hace él confianza,
bien la podéis vos hacer.
Ya sé que sois su mujer;
que esto en fortuna se alcanza.
Razones de carta rota
he visto ya, donde en suma
Leonora aplicó la pluma
y vos pusistes la nota.
Si ya Enrique me contó
el modo con que os hablaba
cuando en Belpaís entraba:
la escala que malogró,
el duque, y todo el suceso,
hasta darle vos la mano
de esposa, si cortesano,
por librarle estuve preso.
¿Qué intentáis con encubrir
lo que sabe el duque ya?

A vuestra hermana me da;
baste, Isabela, el fingir;
que yo ni puedo ni quiero
desazonar vuestro amor,
sino ser más servidor
vuestro desde hoy, que primero.

ISABELA: Marqués, marqués, sí estáis loco.
Echad la culpa al juicio
y no deis villano indicio
de que me estimáis en poco;
que si, como no lo creo,
Enrique alevoso y vil,
tan traidor como sutil,
agravia ni aun el deseo
que jamás contra mi honor
dio torpe licencia al gusto,
duque hay en Cleves que justo
dé castigo a ese traidor;
y si por Leonora bella
a Enrique hacéis ese engaño,
andad, que más ha de un año
que está casado con ella.

Vase ISABELA

LUDOVICO: ¿Con Leonora? ¡Otra maraña!
Pero ¿por qué dudo de esto,
si es testigo manifiesto
su papel de que me engaña?
¡Notable embelecador,
en enredos gradüado!
Cuantas ciencias ha estudiado
emplea contra mi amor.
Ya no hay callar, ¡vive el cielo!
Yo he de decirle quién es
al duque, porque después
muera con él mi recelo.
¡Casado de en hora en hora!
¿Hay más confusa cautela?
¡Ya marido de Isabela,
y ya esposo de Leonora!
No osaré ya querer bien
a otra dama, aunque sea bella;
que temeré que con ella
se me ha de casar también.

Vase LUDOVICO. Sale el DUQUE

DUQUE: ¿Persuadiréme a creer
que la duquesa me agravia?
No; que es la duquesa sabia;
sí; que si es sabia, es mujer.
No se había de ofrecer
a decir lo que no vio
Leonora. ¡Confuso yo,
cuyas imaginaciones,
entre las contradicciones,

padecen de un sí y un no!

El marqués a Enrique acusa
de que es de Leonora amante,
con cargo semejante,
cuando él le culpa, le excusa.
Dar a Isabela rehusa
la mano por entender
que es, en su ofensa, mujer
de quien escaló su honor;
y aunque me encubre el autor,
pienso que Enrique ha de ser.

Pues siendo Enrique, si adora
a Leonora, y se averigua
del papel que lo atestigua,
¿qué teméis, honor, agora?
¿Tiene de amar a Leonora,
y a mi esposa juntamente?
No os posible; Leonor miente.
¡Caso extraño! ¡Que la culpa
sirva a Enrique de disculpa,
y yo defenderle intente!

¿No es mejor matarle en duda
que no averiguar agravios?
No, temores, sed mas sabios
mientras mi afrenta esté muda.
La verdad anda desnuda;
mal se me podrá ocultar.
Prudencia, hacer y callar;
que honor que averigua enojos,
orejas es todo y ojos,
mas no lenguas con que hablar.

*Sale ENRIQUE, sin ver al DUQUE, con una carta en la
mano*

ENRIQUE: Si Leonora aguarda aquí,
como dijo, este papel,
a Isabela engaño en él.
Lo que me dijo escribí.
Pero el duque es éste. ¡Ay cielos!
Si ve lo que aquí la escribo,
a su rigor me apercibo.

DUQUE: (¡Qué filósofos sois, celos! **Aparte**
Mil cosas conjeturáis,
todas contra mi sosiego.)
Enrique.

ENRIQUE: Gran señor...

DUQUE: Ciego,
pues que no me veis, estáis.
¿A qué venís? ¿Qué papel
es ése?

ENRIQUE: Es cierta consulta
que en beneficio resulta
de vuestra alteza.

DUQUE: Si en él
hay cosas de mi servicio,
dadle, secretario, acá.

Turbado

ENRIQUE: Señor...

DUQUE: ¿Qué dudáis?

ENRIQUE: No está
sacado en limpio.

DUQUE: (Otro indicio. **Aparte**
Sospecha, ¡qué poco a poco
verdades vais descubriendo!)
Dadle acá, que ver pretendo
lo que contiene.

ENRIQUE: (¡Amor loco,
con mi vida acabáis hoy.

Dale el papel. El DUQUE lo lee

DUQUE: "El veros, señora mía...
¿Hay consultas en poesía?

ENRIQUE: Si la edad verde en que estoy,
pide a la amorosa llama
que a su fuego dé motivo,
no se indigne en ver que escribo
disparates a mi dama,
ni pase más adelante
vuestra alteza. Rasguelé.

DUQUE: ¿Que le rasgue? ¿Para qué?
Yo también he sido amante.

Lee

*"El veros, señora mía
favorecer mi bajeza,
pues por vos me dió su alteza
tantos cargos en un día,
ocasiona mi osadía,
puesto que no a mereceros..."*
(¡Ay recelos verdaderos! **Aparte**
Ya ¿de qué sirve encubriros?)

Lee

*"...a lo menos a escribiros,
la vez que dejo de veros.
Sospechoso el duque está
con razón, de que os adoro.
Ni amor le pierde el decoro;*

*mas si es ciego, ¿qué no hará?
Por vos se asegurará
si sospechas desmentís
y segura os persuadís
de que a pesar de Leonora,
en vos sola mi alma adora
desde que os vio en Belpaís."*

Saca la espada

De tu castigo, villano,
he de ser ejecutor;
que no se venga el honor
sino con su propia mano.
¡Tú, atrevido, tú, tirano,
tú a la duquesa papeles?

ENRIQUE: ¡Señor! ¡Señor! (¡Ay crüeles **Aparte**
 peligros de un desdichado!
 ¡Oh, amar por razón de estado
 ¡Qué de males causar sueles!)
 ¿Papeles yo a la duquesa?

DUQUE: Pues tú, desleal, ¿a quién...

ENRIQUE: Que me des la muerte es bien;
 pero mi culpa no es ésa.
 Oye, mientras te confiesa
 mi atrevimiento mi insulto;
 que puesto que dificulto
 mis amores declararte,
 cuando importa asegurarte,
 no ha de haber secreto oculto.
 Yo ha un año que de Leonora
 soy esposo, yo llevé
 la escala, yo te quité
 la espada al nacer la aurora.
 Esto es verdad.

DUQUE: No lo ignora
 el marqués; que aunque calló
 tu nombre, eso me contó.
 Mas ¿por qué, si es verdad ésa,
 finges amar la duquesa?

ENRIQUE: ¿Yo la duquesa? ¡Eso no!

DUQUE: ¿Pues...?

ENRIQUE: Isabela.

DUQUE: ¿A qué efeto?

ENRIQUE: Leonora me lo ha mandado;
 que en esta razón de estado
 estribó nuestro secreto.
 Por este medio indiscreto
 fingió que amaba al marqués.

DUQUE: Dime, pues, ¿para quién es este papel?

ENRIQUE: A Isabela
se le escribe mi cautela,
porque creyendo después
que a Leonora ahorrecía,
de quien ha estado celosa,
tu sospecha rigurosa
aplacase.

DUQUE: (¡Ay honra mía! **Aparte**
La verdad ha sido el día,
que deshaciendo el nublado
de tanto engaño y cuidado,
mi quietud descansa en vos.)
En fin, Enrique, ¿los dos
amáis por razón de estado?

ENRIQUE: Pues su alteza me habla así,
no está indignado conmigo.

DUQUE: Enrique, si te castigo,
vendré a castigarme a mí.
Desde el punto que te ví,
por oculta simpatía
te quiero bien. Tu osadía
te ha dado en favorecer.
Hoy mi cuñado has de ser;
dicha es tuya, piedad mía.

ENRIQUE: Sellen tus pies estos labios,
que no hallan ponderaciones
a tantas obligaciones,
y a más callar, son mas sabios.

DUQUE: Ansí castigo yo agravios.

Salen la DUQUESA y RICARDO

DUQUESA: Participad, gran señor,
de mi dicha. Un sucesor
el duque mi padre tiene
en Cleves, y por él viene
a vernos.

DUQUE: ¡Tanto favor!

DUQUESA: A mi padre sucedía,
por excluir las mujeres
Lotingia, el de Niveres;
mas muerta la madre mía,
a un hijo que Cleves cría,
y por no causarla celos
encubren aquí los cielos,
es el que ahora viene a ver.

DUQUE: ¡En Cleves! ¿Quién puede ser?

RICARDO: No multipliquéis desvelos;
que ése es Enrique, señor,
que por padre me ha tenido.

ENRIQUE: ¿Quién? ¿Yo?

DUQUESA: ¡Ay hermano querido!
No en vano te tuve amor.

DUQUE: Vuestra presencia y valor
no menos me prometía.

ENRIQUE: ¡Tantas dichas en un día!

DUQUE: Disculpada está Leonora
pues tales prendas adora,
y aumentada mi alegría.

Salen LEUNORA, ISABELA, y LUDOVICO

LUDOVICO: Señor, si Enrique no muere,
no aseguraréis vuestro honor.

ISABELA: Poco me estimáis, señor,
mientras Enrique viviere.

LEONORA: Amante que a tantas quiere,
digno es, señor, de castigo.
Dale muerte, si os obligo.

ISABELA: De Enrique estoy ofendida.

LUDOVICO: Enrique pierda la vida.

LEONORA: Vengadme de ese enemigo.

DUQUE: ¿De vuestro esposo, Leonora?

DUQUESA: Isabela, ¿de mi hermano?
¿Vos, marqués, tan inhumano,
con quien Lotingia adora?

LUDOVICO: ¿Cómo es eso, gran señora?

DUQUE: Todo vuestro enojo cesa
por la más dichosa empresa,
que a Cleves pudo venir.
Salgamos a recibir
a vuestro padre, Duquesa;
que después sabréis el cómo
de estas enigmas los tres.

DUQUESA: Duque Lotingio es
Enrique mi mayordomo.

ENRIQUE: Y vos ya mi esposa.

LEONORA: ¿Cómo?

ENRIQUE: Este fin el cielo ha dado,
después de tanto cuidado
al amor nuestro, mi bien
y aquí le tiene también
amar por razón de estado.

FIN DE LA COMEDIA

Freeeditorial 